

CAPÍTULO VIII

Cambio en la organización pública. — Moteczuma se hace servir por nobles. — Costumbres palaciegas. — Ceremonial de la comida de Moteczuma. — Audiencia. — Música. — Paseos. — Guerra con Cholollan. — Los tlatalolca. — Nueva guerra de Tututepec. — Restauración de Tlatelolco. — Los jefes que había tenido. — Guerra con Tlaxcalla. — Prisión y muerte de Tlahuicole. — Los tzapoteca. — Su alianza con los mixteca. — Desastres de los mexica en Tecuantepec. — Su alianza con los tzapoteca. — Cosijópii. — Extensión del imperio de Moteczuma. — Primeras noticias de los españoles. — Netzahualpilli lo participa á Moteczuma. — Influencia del fanatismo de esos sucesos. — Los huexotzinca incendian el templo de Toci. — Venganza de los mexica. — Represalias de los huexotzinca. — El cometa de 1516. — Lo observa Moteczuma. — Manda matar á los astrólogos. — Consulta á Netzahualpilli. — Fatales egúeros. — Muerte de Netzahualpilli. — Cacama ocupa el trono de Texcoco. — Últimas campañas de Moteczuma. — La piedra de Aculco. — Moteczuma manda esculpir su efigie en Chapultepec. — Huye á Tlachtonco. — Velázquez — Hernández de Córdoba. — Arribo de los españoles á Yucatán. — Primer combate. — Descubrimientos posteriores. — Expedición de Grijalva. — Cozumel. — La primera misa. — Batalla de Coan Pech. — Río Grijalva. — Alvarado penetra en el Papaloapan. — Isla de Sacrificios. — Ulúa. — Desembarque y rescates. — Vuelta de la armada. — Prepara Velázquez nueva expedición. — Leyenda de la embajada del Teotlamacazqui. — Hernán Cortés. — Viene á la Española. — Le nombran escribano de Azua. — Pasa de secretario de Velázquez á Cuba. — Su prisión y libertad. — Encomienda con Velázquez. — Le nombra éste capitán de la nueva armada — Instrucciones que le da. — Recluta para la expedición. — Sale ésta y da Velázquez órdenes para detenerla. — Parte la armada definitivamente de la isla. — Las naves y sus capitanes. — Número de los hombres de la armada, su clase y armas. — Caballería y artillería. — Organización del pequeño ejército. — La armada en Cozumel. — Jerónimo de Aguilar. — Batalla de Tabzcoob. — Cortés toma posesión de la tierra por el rey de España. — Caballos que traían los españoles. — Táctica y armas de los españoles. — Batalla de Centla. — Se celebra la paz. — Presente de mujeres hecho á los españoles. — Marina. — Prosigue la armada su camino. — Desembarca en Chalchiuhcuécan. — Embajada de Moteczuma. — Descontento en el campo español. — Se funda la Villa Rica de la Vera Cruz. — Objeto político de Cortés. — Se traslada el ejército al nuevo asiento de la Villa. — El cacique de Cempúllan. — Alianza con los totonaca. — Nueva embajada mexica. — Se decide enviar carta del ayuntamiento á Carlos V. — Nuevos disgustos entre los españoles. — Destrucción de las naves y partida de los comisionados. — Emprende Cortés la marcha para México — Ejército aliado de guerreros totonaca. — Lista de los conquistadores que vinieron con Hernán Cortés.

Naturalmente las costumbres de la corte y toda aquella organización bizarra se modificaron por la voluntad despótica de Moteczuma. Ya había ordenado á Tilipotonqui que recogiese á los hijos de los señores de México, Texcoco y Tlacópan que no fuesen bastardos, pues los nacidos de mujer baja siempre tendrían resabios de bajeza, y había dispuesto que ellos sirvieran los cargos públicos, expresando que quería ser servido á su voluntad y gusto, establecer las cosas de su reino como más le cuadrase y llevar los negocios de su gobierno por la vía que á él le diese más contento. Esto era la destrucción de los antiguos poderes públicos, el aniquilamiento del consejo ó *Tlatócan*, y Tilipotonqui, al obedecer, abdicaba las prerrogativas de su alto cargo, lo que prueba una vez más que el *Cihuacoatl* no era de por sí esa segunda majestad que se ha pretendido.

Llegó á tanto el orgullo de Moteczuma, que quiso ser servido sólo por señores de sangre real, para que sus mandatos y palabras fuesen comunicados por bocas de magnates como en vasos de grandeza y pronunciados con aliento ilustre y excelente, y mandó que sus pajes,

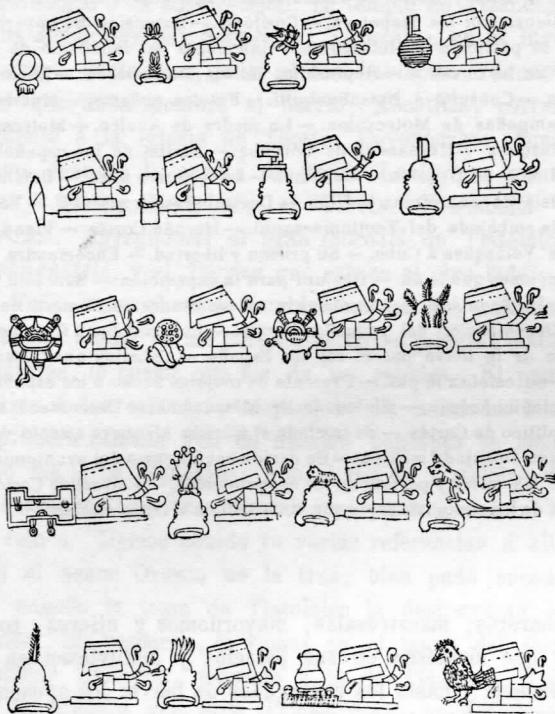
camareros, maestresalas, mayordomos y ujieres, todos los que sirviesen en sus palacios y anduviesen en su presencia y hasta los encargados de barrer los aposentos y encender lumbre en ellos, fuesen hijos de grandes.

Esta multitud de nobles que estaba á su servicio habitaba en el palacio, y además cada mañana entraban en él seiscientos señores tributarios y nobles para hacerle la corte. Pasaban el dia en las antecámaras adonde no podía llegar la servidumbre, sin alzar la voz y esperando las órdenes del monarca. Estos personajes llevaban su servidumbre, y era tanta que no cabiendo en los tres patios del palacio, buena parte quedaba en la calle. Ya hemos dicho que tenía Moteczuma palacio para sus mujeres, y creemos que estaba donde es ahora la manzana de la Universidad. Había ahí gran cantidad entre señoras, criadas y esclavas, cuidadas por matronas que las celaban. De ellas tomaba para sí Moteczuma las que eran de su agrado, y con las otras premiaba los servicios de sus súbditos. Se cuenta que á la vez tenía amores con ciento cincuenta de sus mujeres. Todos los señores tributarios debían residir en la corte en alguna época del año, y cuando se

ausentaban dejaban á sus hijos ó hermanos como rehenes de su fidelidad.

Nadie podía entrar calzado en el palacio ni presentarse engalanado al emperador, sino con traje ordinario en señal de humildad y respeto. Los que eran recibidos por el monarca no debían alzar los ojos á verle, y antes de hablarle habían de hacer tres reverencias, diciendo *tlatoani* en la primera, *notlatocátzin* en la segunda, *hueytlatoani* en la tercera. Hablaban en voz baja y recibían la respuesta por medio de un secretario, con lo cual se retiraban sin volver la espalda.

Según Clavigero, comía Moteczuma en la misma sala de la audiencia, sentado en un taburete y sirviéndole de mesa un gran almohadón cubierto de mantel



Conquistas de Moteczuma —(Códice Mendocino)

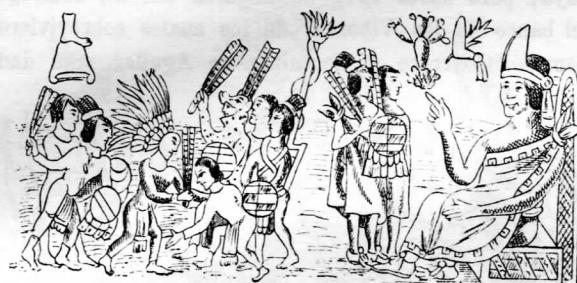
blanco de algodón finísimo. La vajilla era de barro de Cholóllan, y ninguno de los utensilios le servía dos veces, pues los daba inmediatamente á los nobles de su servidumbre. Las jicaras en que tomaba el chocolate eran de oro ó de hermosas conchas de mar, y en el templo y en ciertas solemnidades usaba platos de oro también. Los manjares eran tantos y tan varios, que llenaban el pavimento de una gran sala, y se presentaban á Moteczuma fuentes de toda clase de volatería y caza, peces, frutas y legumbres. Antes de que se sentase llevaban la comida cuatrocientos mancebos é inmediatamente se retiraban, dejando un brasero debajo de cada plato para que no se enfriase. Moteczuma señalaba con una vara los platos de que quería comer y los demás se repartían á los señores que estaban en las antecámaras. Al ir á sentarse le ofrecían agua para lavarse las manos cuatro de sus más hermo-

sas mujeres, las cuales permanecían de pie á su lado durante la comida, así como los grandes dignatarios y el *Petlacálcatl*. Dejaba éste caer el tapiz de la puerta para que no viesen comer al emperador, y él y las cuatro mujeres le servían sin hablar sino para contestarle. Divertiéase durante la comida con oír los instrumentos musicales que le tocaban y los dichos de sus bufones, en cuyas burlas á ocasiones encontraba buenos consejos. Después de la comida fumaba en un *acayetyl* preciosamente barnizado, rico tabaco mezclado con ámbar, lo cual le conciliaba el sueño. Al despertar daba audiencia, y á ésta se seguía un rato de música, pues gustaba de oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía jugando ó viendo jugar. Cuando salía le llevaban cuatro grandes señores en andas riquísimas y otros le cubrían con un palio de preciosa plumería, yendo con el gran séquito de cortesanos y haciéndole aire con mosqueadores de primorosas plumas. El monarca salía con traje espléndido y con *cactli* de suelas de oro ornadas de rica pedrería. Al aproximarse todos se detenían y cerraban los ojos. Cuando bajaba para andar, se apoyaba en los cuatro magnates, que eran sobrinos suyos, quienes únicamente podían alzar la vista á él, pues los demás la llevaban baja. Otros magnates lo iban cubriendo con el palio: muchos grandes señores caminaban delante de él barriendo el suelo y tendiéndole mantas porque no pisase la tierra.

Tanta suntuosidad y tanto despotismo apenas pueden imaginarse en los grandes imperios del antiguo Oriente. A este propósito ha escrito el señor Orozco el siguiente pensamiento admirable: «Igualado el monarca con las divinidades, los súbditos habían descendido hasta parias: al ensancharse la distancia intermedia entre ambos, se abrió el abismo inmenso en que todos perecieron.»

Un suceso acaecido con los tlatelolca por aquel tiempo, había venido á cambiar su condición especial é influir en la de México. Recordaremos que á los tlatelolca, desde que fueron conquistados por Axayácatl, les quedó prohibido ser guerreros y ni usaban armas ni iban á campaña con los ejércitos del Anáhuac. Parece que tal prohibición había sido levantada ya por Moteczuma cuando los chololteca invitaron á los mexica á la guerra sagrada, sin duda por necesitar víctimas para alguna de las solemnísimas fiestas de la metrópoli sacerdotal. La batalla duró todo un día, y al volver los ejércitos á sus ciudades, si los chololteca llevaban muchos muertos, los mexica habían quedado mal parados y perdido algunos de sus mejores jefes. En la confusión de unos mismos sucesos en las diversas crónicas debemos buscar camino; Torquemada lleva equivocado su orden cronológico, y si de Ixtlilxóchitl hay que desconfiar siempre, más debemos hacerlo cuando trata de los últimos sucesos de los mexica y en especial de Motec-

zuma; así seguimos el relato de Tezozomoc y Durán por más lógico y más verosímil. Nos parece por lo mismo falsa la complicación de Moteczuma en la muerte de Macuilmalinátzin en esta ú otra de aquellas batallas, y menos cuando el cronista hace hermanos á ambos. Como quiera que sea, en ella no pelearon los tlatelolca, lo que enojó de tal manera al emperador de México, que por recobrar su gracia se decidieron á hacer proezas



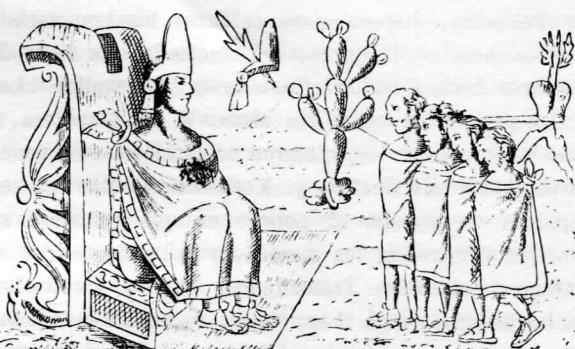
Batalla de Tututepec

en la nueva campaña que se preparó contra Tututepec, pueblo alzado contra Moteczuma y nuevamente fortificado más de lo que antes estaba. Distinguiéronse mucho los tlatelolca, y volvieron con dos mil prisioneros, lo cual fué causa de que el emperador no sólo les retirara su enojo, sino que volviera á Tlatelolco á la vida política de que estaba privado.

Este suceso tiene más importancia de la que á primera vista pudiera parecer, pues venía al fin á unificar los intereses sociales de todos los habitantes de la isla. Si debiéramos creer el relato del manuscrito de Tlatelolco tendríamos que poner más tarde ese acontecimiento. Refiérenlo esos anales al año *ce ácatl*, 1519, diciendo que en él tomó el mando de Tlatelolco el joven Cuauhtemoc *Tlacatécatl*, y entonces se volvió á unificar la capital del mismo Tlatelolco. Esto desde luego se explica mejor, pues el peligro de toda México por la aparición de los españoles hacia olvidar los antiguos rencores de sus dos partes. El mismo manuscrito nos da razón de los gobernantes que hubo en Tlatelolco hasta entonces desde la muerte de Moquihuix. El primero fué Chiuhchitzin *Tlacatécatl*; siguió á su muerte Tzintlacatécatl, después Tlacochcálcatl, y en seguida sucesivamente Tozacátzin *Tlacatécatl*, Tlacochcálcatl, Tzincuáuhitzin, Teyococoáltzin *Tlacatécatl* y Tlacochcálcatl. Se ve, por lo tanto, que siempre gobernaba en Tlatelolco uno de los jefes guerreros.

Coyuntura se le presentó en esos tiempos á Moteczuma para desbaratar el pacto sagrado: sucedió que los tlaxcalteca entraron en son de guerra por terrenos de Huexotzinco, y que *Teayéhuatl*, uno de los jefes de este señorío, pidió auxilio á México. Marcharon los mexica á vengar la afrenta; pero ya los tlaxcalteca habían aumentado su poder y sus alianzas y tenían por jefe guerrero á Tlalhuicole. Preciso fué mandar nuevos

escuadrones de Texcoco y Tlacópan, y tras más de veinte días de batallas fueron arrojados los tlaxcalteca de las tierras de los huexotzinca, dejando prisioneros en



Los huexotzinca piden auxilio á Moteczuma contra los tlaxcalteca

poder de los mexica y entre ellos al valeroso Tlalhuicole. Moteczuma, admirador de su fortaleza, mandólo aposentar, vestir y armar como á rey. Pero el águila de la guerra no podía vivir feliz en esa quieta servidumbre, y entrusteció su alma y su semblante se entrusteció. Por ser esto de mal agüero y por juzgarlo Moteczuma pusilanimidad, mandó retirarle las guardas, diciéndole que lo ponía en libertad como á hombre de poco valer y cobarde. Desesperado Tlalhuicole, subió al templo de Tlatelolco y se despeñó dándose la muerte. Según otra versión, Moteczuma quiso emplearlo en su reino y no aceptó, aunque nos lo presentan después mandando un ejército contra los tarascos: conforme á esa misma versión jamás quiso aceptar la libertad por parecerle deshonrosa, y pidió morir en el sacrificio gladiatorio. Accedióse al fin á su súplica, y atado en él *Temalácatl*, con sola su *macuáhuill* de madera, mató á ocho combatientes é hirió á más de veinte, hasta que, herido á su vez, lo tomaron los sacerdotes y lo sacrificaron ante *Huitzilopochtli*. Esta versión es más bella, pero confesemos que la otra es más verosímil.

De nada sirvió á los mexica esa victoria, pues expulsados los tlaxcalteca del territorio de los huexotzinca, volvieron éstos á su ciudad y después á sus antiguas alianzas por influencia del sacerdocio de Cholllan. Era ya tarde para destruir la poderosa liga que el fanatismo y la imprevisión de los mexica había dejado desarrollarse gigante del otro lado de las montañas de eterna nieve, señoras del Valle.

Mas antes de pasar adelante debemos dirigir nuestra vista á los sucesos acaecidos por entonces en el señorío de los tzapoteca. Hemos visto cómo las fuerzas de México se dirigieron á esos rumbos desde el tiempo de Ahuizotl y cómo bajo el de Moteczuma llegaron hasta Xoconochco y dominaron la Mixteca, conquistando en uno y otro caso los pueblos del istmo de Tecuanepet. Los cronistas de aquellos pueblos refieren que Motec-

zuma tuvo intento de conquistar á la nación tzapoteca y que su rey resistió ó á ello se dispuso en Cuauhxolotlán cuando la Mixteca fué invadida, por lo cual los mexica, cambiando de rumbo, intentaron penetrar por Tehuacán, disponiéndose entonces los tzapoteca á la resistencia en Huijazóo, estableciendo una línea de guerreros desde Cuauhxolotlán hasta Teococuilco. Los mexica pasaron de frente sin atacar á los tzapoteca, y como los huabes se les sujetaron voluntariamente, penetraron hasta Huehuetán y Xoconochco. Mas el rey tzapoteca comprendió el peligro en que ponían á su reino los avances de los mexica, y coligándose con el mixteco marchó sobre Tecuantepec, batió á los huabes y á los mexica, ocupó el territorio, fortaleció las ciudades, hizo gran acopio de víveres y en un gran cerro que corre como muralla del río de Tecuantepec frente á Xalápan hasta una legua adelante, mandó formar de lajas y peñas un muro y contramuro y un gran jagüey que llenó de agua y pescados, y allí se situó con numeroso ejército armado de flechas envenenadas. Los mexica que volvieron á recobrar Tecuantepec no osaron atacarlos y acamparon á alguna distancia, y ahí tzapoteca y mixteca, haciendo salidas nocturnas, les destruyeron más de la mitad de su ejército. Inútil fué que Moteczuma enviase dos y tres socorros, pues nada adelantaron los guerreros del Anáhuac en siete meses que duró el cerco.

Tuvo al fin Moteczuma que buscar la paz y la alianza de Cosijoeza, siendo principal lazo de unión una hija del primero que dió al segundo por esposa, llamada Copo de Algodón, Ichcaxóchitl, y muy celebrada por su belleza. Salió gran embajada por ella, y fué recibida en Teotzapotlán con grandes honores y regocijos. Se agrega que Moteczuma la incitó á hacer traición á su esposo; pero que ella fué fiel. Aliados ya Cosijoeza y Moteczuma, pasaban las fuerzas de éste custodiados por los tzapoteca hasta más allá de Tecuantepec. Del matrimonio referido nació un hijo llamado Cosijópii, que significa *rayo del aire*, quien fué rey de Tecuantepec en el año 1594.

Desde luego se ve que hay mucho de falsedad en este relato, pues no caben todos sus sucesos dentro de los años del reinado de Moteczuma. Lo verosímil es que éste, tomando en cuenta el poder de los tzapoteca, buscó su alianza y que como aliado se le sujetase Cosijoeza, dándose á su hijo Cosijópii el señorío de Tecuantepec. Lo deducimos así de dos hechos: en la *Matrícula de Tributos* aparecen muchos pueblos tzapoteca, y los nombres nahoas que les fueron impuestos acusan sumisión ya que no vencimiento.

Así podemos decir que el dominio de Moteczuma, irregular y de forma tributaria, se extendía por el norte y el poniente hasta el reino de los tarascos, y abrazando á los tlahuica al sur corría desde el Totona-cápan en el Golfo hasta el Océano, hoy llamado Pacífico,

penetrando en Xoconochco y acaso en Cuauhtemallán, como algunos quieren.

En tal estado de cosas llegaron noticias vagas á México de hombres extraños que habían aparecido por el mar y que venían de oriente. Era que Colón había descubierto el Nuevo Mundo y que los españoles ocupaban ya las islas. Desde 1506 Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón habían descubierto la península maya; pero hasta 1511 no llegaron allí los naufragos del banco de las Viboras, de los cuales sobrevivieron Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Sin duda



Netzahualpilli participa á Moteczuma la venida de los españoles

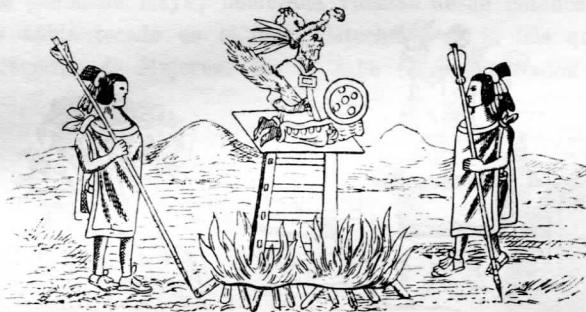
los mercaderes *pochteca* trajeron la extraña nueva á Texcoco, pues *Netzahualpilli* pasó á México á hablar con Moteczuma y á predecirle la destrucción de sus reinos.

La leyenda astronómica de *Quetzalcoatl*, que en histórica se había tornado y que ya era verdad indiscutible, sobre todo para los creyentes y fanáticos como Moteczuma, auguraba el triunfo de los hombres que vinieran por oriente y decidía del destino de aquellos pueblos. De aquí que tal creencia convirtiera en predicciones, profecías y señales celestes muchos sucesos comunes desapercibidos en cualquiera otra ocasión, como temblores y enfermedades, y que las crónicas estén llenas de leyendas á ese propósito.

Desgraciadamente para aquellos pueblos el fanatismo era ya su único consejero. Así es que á los temores de Netzahualpilli contestó Moteczuma decreto la guerra sagrada, y como quiera que en ella hicieran muchos cautivos tlaxcalteca y huexotzinca, hubo gran regocijo en la ciudad y en los templos, mucho son de tambores y bocinas y caracoles y de todos los demás instrumentos y muchas y solemnes fiestas en la ciudad.

Mas eso no bastaba en tal momento de temores y de dudas para tener propicios á los dioses, y como se acercaba la fiesta de *Toci* se dispuso singular y muy cruel sacrificio. En el Gran *teocalli* sacrificóse una parte sacando á las víctimas el corazón como de ordinario, á otros se les arrojó en el fuego del brasero divino y á los restantes los llevaron al templo de la diosa, los asparon en unos maderos y los asaetearon

á todos. Al saber los de Huexotzinco tan espantosa matanza, emprendieron camino de secreto, y llegando por la noche al templo de la diosa, lo quemaron así como los maderos y el tablado con la imagen de *Toci*, que estaba frontero de él. Esta sorpresa era fácil porque, según recordaremos, ese templo estaba fuera de la ciudad, algo más allá del fuerte de Xoloc. Tanto el señor Ramírez como el señor Orozco, interpretando



Los huexotzinca queman el templo de *Toci*

un texto de Sahagún, ponen el templo de *Toci* en el cerro del Tepeyac: ese era otro, no el de los mexica.

Gran ira causó el suceso á Moteczuma, y comenzó por castigar á los sacerdotes descuidados mandando que fuesen encerrados en jaulas pequeñas con el piso lleno de pedazos de cortante obsidiana y que les diesen muy poco de comer á fin de que fuesen muriendo lentamente en tan doloroso suplicio. Puede tanto el fanatismo, que el cronista cuenta que aquellos desventurados, convencidos de que habían ofendido á la diosa con su descuido, recibieron aquel castigo espantoso con humildad y paciencia.

Mandó Moteczuma inmediatamente hacer nuevo templo á *Toci* con tablado y maderos más altos que los anteriores, y para tener cautivos de los mismos culpables que sacrificar en el estreno, decretó la guerra sagrada con Huexotzinco. Dada la batalla en los llanos de Atlixco y tomados cautivos muchos huexotzinca, procedióse al estreno y al sacrificio: de los prisioneros, á una parte de ellos desollaron, medio vivos ó vivos, y sus cueros sirvieron cuarenta días para pedir limosna por las puertas, hasta que los que los traían vestidos no los podían sufrir de hedor; á otros quemaron vivos, y á los restantes los asaetearon. Y para que nadie se atreviese á profanar nuevamente el templo de la diosa, mandó que en él hubiese constantemente sacerdotes y guerreros de guardia. Los huexotzinca á su vez hicieron fiesta al dios *Camaxtli*, y en ella sacrificáronse los prisioneros mexica, desollándolos, quemándolos vivos y asaeteándolos. Así el fanatismo de Moteczuma, en los momentos en que se acercaba el peligro común, dividía más y más á México de los pueblos del otro lado del Valle, y convertía en rencor profundo el odio que poco á poco había crecido en las guerras sagradas.

De tal manera habían llegado los acontecimientos

al año de 1516, y en él á todas las predicciones y malos agujeros debía agregarse la aparición de un cometa, cosa espantable para los mexica y señal de desgracias sin cuento. Cuenta la historia que en cada templo había un indio vestido con el traje del dios, que lo representaba y era reverenciado como él: estos indios hacían penitencia y guardaban castidad durante un año y se llamaban *Moceixuhcauhque*. El del *teocalli* de *Huitzilopochtli* en esa vez era el mancebo *Tzocoztli*, y habiéndose levantado por acaso á la media noche vió por el lado del oriente un poderoso cometa de larguísima y resplandeciente cauda. Atemorizado despertó á los sacerdotes y á los guardias, y todos lo estuvieron viendo hasta el amanecer que quedaba encima de la ciudad de México. Al llegar la mañana borróse entre los resplandores del sol, y el mancebo con todos los que lo habían visto se fué á palacio y dió á Moteczuma noticia de su aparición. El emperador quiso verlo por sí mismo, y por la noche se subió á un mirador de su palacio, y desde ahí lo contempló atónito y atemorizado. Mandó Moteczuma llamar á sus astrólogos, agoreros, adivinos, hechiceros y encantadores para que le explicasen el prodigo; pero éstos contestaron que no lo habían visto, con lo cual montó el emperador en tanta



Moteczuma observa el cometa de 1516

cólera que mandó los enjaulasen y ahí los dejaron morir de hambre. El fatalismo era la base de la filosofía y de las creencias de los mexica; Moteczuma tuvo gran pavor de los designios del lado desconocido, y nada hay tan cruel como el miedo.

Moteczuma consultó entonces á Netzahualpilli, á quien todos tenían por muy sabio, y éste, siguiendo naturalmente las creencias comunes, tomó por señal de desgracias y de ruina de la nación la presencia del cometa. No se necesitaba más para que decayese profundamente el ánimo del emperador supersticioso, y como para vengarse del destino, mandó matar á todos los astrólogos, hechiceros, adivinos y encantadores que hubiese, saquear sus casas y destruirlas y dar por esclavos á sus hijos y mujeres. Mandó buscar otros

astrólogos y todos predecían desgracias. Y como en todos los pueblos se veía el cometa, cundió por donde quiera el espanto, y al amanecer se oían en todos ellos clamores y gritos que sus habitantes daban al cielo.



Moteczuma consulta á los astrólogos y encantadores de México

En Netzahualpilli no fué menor la impresión causada por el cometa; retiróse á su palacio de Texcoco, y sintiendo allí la muerte cercana, volvió á Texcoco, muriendo el mismo año y encargando se ocul-



Muerte de Netzahualpilli

tase su muerte. Esto y no haber hecho jurar por sucesor á su hijo, hizo creer á aquellos pueblos que había desaparecido, pero no muerto. Celebráronse, sin embargo, con gran pompa sus exequias, y fué

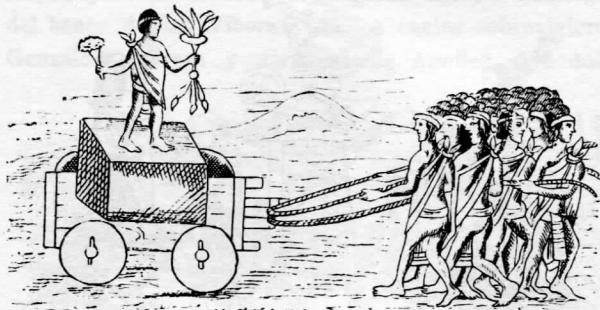


Los de Tlaxiaco matan á los pochteca

nombrado Cacama *tecuhtli* de Texcoco. Debemos dar de mano el relato de Ixtlixóchitl sobre no tocarle á él el reino, lo mismo que los episodios que á este propósito trae, pues brotaron de su pluma á impulsos del interés personal.

Según los astrólogos europeos el cometa de 1516 anunció la muerte de Fernando el Católico en España, y según los mexica la de Netzahualpilli en Texcoco.

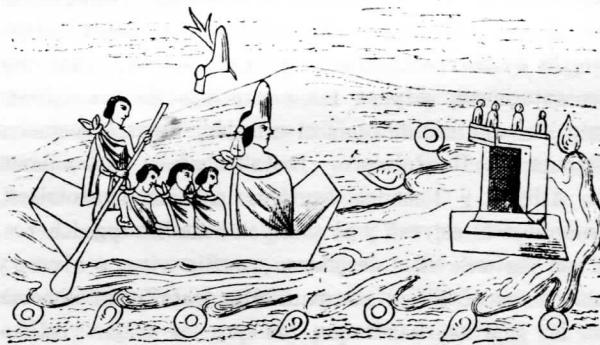
Todavía después de esto encontramos algunas batallas en los jeroglíficos y sabemos de una nueva destrucción de Tlaxiaco y del sacrificio de los prisioneros en la fiesta *Tlacaxipehualiztli*; pero no debemos tomarlas por campañas formales, sino por expediciones aisladas



Conducción de la gran piedra de Aculco

para hacer efectivo el tributo, pues el ánimo de Moteczuma no estaba ya para conquistas.

Entre los prodigios de aquella época se cuenta que Moteczuma mandó traer una gran piedra de Aculco para construir un nuevo *Temalácatl*, y cuando tras muchos trabajos pasaba por el puente de Xoloc, se hundió y desapareció, volviéndose á encontrar en el lejano lugar de donde la habían arrancado. Creyó Moteczuma su muerte cercana, y siguiendo la costumbre de sus antepasados hizo esculpir su efigie en Chapultepec.



Moteczuma huye para Tlachtonco

Hacemos merced á los lectores, por no cuadrar á nuestro intento, de los muchos prodigios de la leyenda y de los sobresaltos de Moteczuma; sólo diremos que acobardado éste huyó una noche de la ciudad y en una canoa se fué con sus corcovados y enanos á esconder á Tlachtonco: el *tepixtla* del *teocalli* fué en su seguimiento, é increpándole su temor lo hizo volver oculto á la ciudad. Leyenda ó historia, esto pinta el estado de ánimo de Moteczuma, y como cedía su fatalismo á la voluntad de los dioses. Era que ya tenía noticias ciertas del arribo de los españoles y creía firmemente

llegada la época del cumplimiento de las profecías de Quetzalcoatl.

En efecto, desde 1511 Diego Velázquez había conquistado ó más bien ocupado la isla de Cuba, y acabada la conquista había sido nombrado su gobernador; y en 1517, habiéndose hecho á la vela con tres barcos Hernández de Córdoba para una expedición á las Lucayas, empujado por los vientos había llegado á la península maya, nombrada Yucatán desde entonces, y había tocado en el cabo Catoche y en la isla que llamaron de Mujeres. En el cabo fueron invitados á

acerca por los mayas, quienes les decían *conex c otoch*, "venid á nuestras casas," y de ahí formaron los españoles el nombre del lugar. Bajaron, aunque con precauciones, que no fueron inútiles, porque batidos por los mayas tuvieron que retirarse á sus navíos llevando dos prisioneros, los cuales bautizados tomaron los nombres de Julián y Melchor. Durante la pelea el clérigo González tomó los ídolos y objetos de oro que en un templo cercano había. Esto pasaba á 5 de marzo del referido año de 1517. Según Las Casas la expedición á Yucatán no fué casual sino directa.



Don Diego Velázquez de Cuellar

Los descubridores siguieron la costa occidental de la península y llegaron al pueblo de Campeche, Can Pech; aunque fueron bien recibidos, al ver grandes escuadrones de indios se retiraron á sus navíos. Navegaron seis días, cuatro de fuerte tempestad, y las corrientes los llevaron á Potonchán. Bajaron á hacer agua, y los indios los batieron; perdieron los españoles cincuenta soldados que quedaron muertos en el campo, á Alonso Bote y á un portugués viejo que cayeron vivos en poder del enemigo, y todos los demás fueron heridos menos uno, contando el capitán Francisco Hernández de Córdoba doce flechazos y tres Bernal Díaz, que con él iba, uno peligroso en el costado izquierdo.

Al cabo de otros tres días saltaron á tierra para tomar agua, de que carecían, en un lugar de la Laguna de Términos, que llamaron Estero de los Lagartos, y tras otros trabajos se volvieron á Cuba desembarcando en el puerto de Carenas, llamado hoy Habana.

Dispuso Velázquez nueva expedición á su costa, entusiasmado por los relatos de los descubridores, por saber que había ciudades con casas de cal y canto, y además por la vista de Julián y Melchor, de los ídolos y objetos de oro. Armó una escuadrilla de cuatro navíos, llevando por pilotos á Antón de Alaminos, Camacho de Triana y Juan Álvarez el Manquillo de Huelya, sin que sepamos el nombre del cuarto. Nom-

bróse por capitán á Juan Grijalva, natural de Cuellar y deudo de Velázquez, y fueron además como capitanes Francisco de Ávila, Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo. Las instrucciones dadas á Grijalva se reducían á rescatar oro y plata sin poblar en parte alguna. Las tres carabelas con la nao se hicieron á la mar con más de doscientos hombres entre soldados y marineros, habiendo dejado el puerto de Carenas el 23 de abril y el cabo de San Antón el sábado 1.^o de mayo. El lunes 3, descubrieron la isla de Cozumel, y por ser día de la Santa Cruz púsole Grijalva este nombre.

Martes 4, desembarcó Grijalva sirviéndole de intérprete el maya Julián, y tomó posesión de la isla en nombre de la reina doña Juana y su hijo don Carlos y en el de Diego Velázquez. El jueves 6 saltó á tierra Grijalva colocando en lo alto del *Kú* maya el estandarte real, y dijo el presbítero Juan Díaz la primera misa que se celebró en nuestro territorio. Del 7 al 9 expedicionaron á la península y el 11 se alejaron definitivamente de Cozumel. Costeando la península llegaron á Campeche el martes 25, y el 26 desembarcaron doscientos hombres y tres piezas de artillería. El jueves 17 los



Juan de Grijalva y Cuellar

atacaron los indios que fueron rechazados; pero salieron varios españoles heridos y uno muerto, y Grijalva con dos flechazos y dos dientes de menos. El viernes 28 partieron; vieron á lo lejos Petonchán, y el lunes 31 arribaron á una laguna donde hallaron agua, que mucho necesitaban, por lo cual pusieron al lugar Puerto Deseado. Estuvieron ahí hasta el 5 de junio, y el 7 dieron con un gran río donde quisieron y no pudieron por la barra entrar todos los navíos, sino sólo las dos menores carabelas. A ambas orillas vieron muchas gentes armadas, y entendiéndose por medio de Julián, les rescataron varios objetos de oro á cambio de fruslerías. Aquél fué el río de Tabasco llamado de Grijalva

por su descubridor. Según el señor Orozco, el nombre de Tabasco era corrupción de Tabzcoob. Su lengua era la maya, una de sus principales ciudades Comalcalco, y á *Kukulcán* le llamaban *Mukú-leh-chám*. Dejaron el río el viernes 11 de junio y siguieron costeando, y en el camino Alvarado descubrió y se entró por el río Papaloápan hasta Tlacotálpan, por lo cual esa barra lleva su nombre. El viernes 18 de junio arribó la escuadrilla á una isla cercana á la costa, y como allí encontraron un templo, calaveras é instrumentos de sacrificio, pusieronle Isla de Sacrificios, nombre que aun conserva. Ese mismo día se acercó Francisco de Montejo á la costa en una barca y rescató

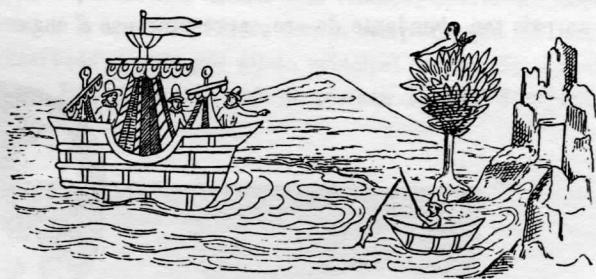
algunas mantas ricas, y al siguiente desembarcó Grijalva, tomó posesión de Continente, que lo era según Antón de Alaminos, y la llamó de San Juan, dando de ello testimonio el escribano. Rescataron algunos objetos de oro y otros, y el domingo 20 saltaron de nuevo á tierra y se dijo misa. Los españoles se habían pasado de la isla de Sacrificios á otra donde tenía un templo *Tezcatlipoca*, y como á sus preguntas contestara un indio *olúa, olúa*, Grijalva le puso San Juan de Ulúa. Rescataron oro por valor de más de mil ducados hasta el día 23; el jueves 24 zarpó Alvarado para Cuba con la nao *San Sebastián*, y Grijalva con el resto de la flota siguió buscando la costa. El lugar en que esto pasó se llamaba Chalchiuhcuécan, y ahí está ahora la ciudad de Veracruz. El arribo de Alvarado á Cuba con su rico cargamento entusiasmó á Velázquez y le hizo preparar expedición más seria: solicitó el permiso de los frailes jerónimos que gobernaban las cosas de Indias en Santo Domingo, mandó á España á su capellán con la parte de oro que al rey tocaba y noticias de lo sucedido, y antes de recibir respuesta comenzó á armar la expedición.

Cuenta la crónica mexica que en aquella sazón se le presentó á Moteczuma un indio extraño, y le dijo que yendo por la costa había visto un cerro redondo que andaba en el agua. Moteczuma, á esta nueva, mandó al gran sacerdote *Teotlamacazqui*, que acompañado del esclavo Cuitlálpitoc, fuese al mar á ver si tal noticia era cierta; y en efecto, llegaron á la playa, y desde ella vieron el monte redondo en el agua y que de él salían hombres á pescar en bateles. Contólo el *Teotlamacazqui* á Moteczuma, y éste le dió muchas joyas para que las llevase á los hombres blancos y barbados é indagase dé ellos si venía *Quetzalcoatl* á recobrar el reino de estas regiones. Viéronlo todo los mensajeros y también partir los navíos, lo cual al saberlo consoló mucho á Moteczuma. Como no hubo tiempo para esas embajadas cuando el desembarco de Grijalva, y en ese relato se hace figurar á una intérprete que recuerda á Marina, debemos tomarlo por una leyenda en que se confundieron varios acontecimientos, y contentarnos con creer que la noticia de los navíos llegó á Moteczuma, con lo cual aumentó su espanto y la firme seguridad de que había llegado el tiempo en que había de volver *Quetzalcoatl*. Leyenda también es la de los pintores que hicieron la imagen de los españoles y sus navíos por el relato del *Teotlamacazqui*.

Llega ya la ocasión de que hablemos de Hernán Cortés. Nació en Mérida, (Extremadura), en 1485; fué hijo de don Martín Cortés y de doña Catalina Pizarro, ambos pobres y de sangre hidalga. Muy enfermizo de niño, á los catorce años le mandó su padre á estudiar á Salamanca: estudió dos años, aprendió latín, y en 1501 dejó las aulas salmantinas. Quiso seguir la carrera de las armas y alistarse primero con

el Gran Capitán y después con el comendador Ovando para pasar á Indias. Frustróse este intento por una caída que dió escalando un muro por cuestión de amores. Un cronista lo pinta diciendo que era bajo de cuerpo, bravo y dado á mujeres.

Por fin, en 1504, pudo realizar su proyecto y venir á la Isla Española. Allí se ocupó en galanteos y en buscar riquezas, hasta que al lado de Diego Velázquez tomó parte en la pacificación de la isla, distinguiéndose por su valor. Por tal motivo y como sabía



Los enviados de Moteczuma observan las naves de Grijalva

latín, le dió Ovando la escribanía de la nueva villa de Azua y ciertos indios de Daiguao. Pasó haciendo granjerías hasta 1511, que fué á la conquista de Cuba como uno de los secretarios de Diego Velázquez. No tardaron en desavenirse gobernador y secretario, y Cortés fué preso en la fortaleza de la ciudad; logró fugarse y tomar asilo; pero aprehendido de nuevo por el alguacil Juan Escudero lo llevaron á una nave y de allí también se fugó. Volvieron á prenderle, pero como muchos rogasen por él á Velázquez, púsolo libre, y entonces casó con Catalina Xuárez. Andaba Cortés humilde buscando la amistad de Velázquez, y como éste fundó por entonces varias villas, lo avecindó en Santiago, le dió indios y lo hizo alcalde ordinario. Para asegurar más la amistad, invitó Cortés á don Diego para que fuese padrino de bautismo de un hijo que le había nacido. Compadres ya, no es extraño que Velázquez nombrase á Cortés capitán de la nueva expedición, la cual tenía por primer objeto ir en busca de Grijalva, pues éste no volvió hasta el 4 de octubre. Tampoco había vuelto un barco conque salió en su busca Cristóbal de Olid. Mal recibido Grijalva por el gobernador, no podía ser estorbo al nombramiento de Cortés, y más si es cierto que por interés lo apoyaban Amador de Lares y Andrés del Duero. Las instrucciones dadas á Cortés tienen fecha de 23 de octubre de 1518, y como ya las naos de Grijalva y el barco de Cristóbal de Olid habían vuelto, prácticamente se reducían á explorar la costa y hacer rescate de oro y mercaderías, sin que se tratase de ningún establecimiento permanente y menos de conquista.

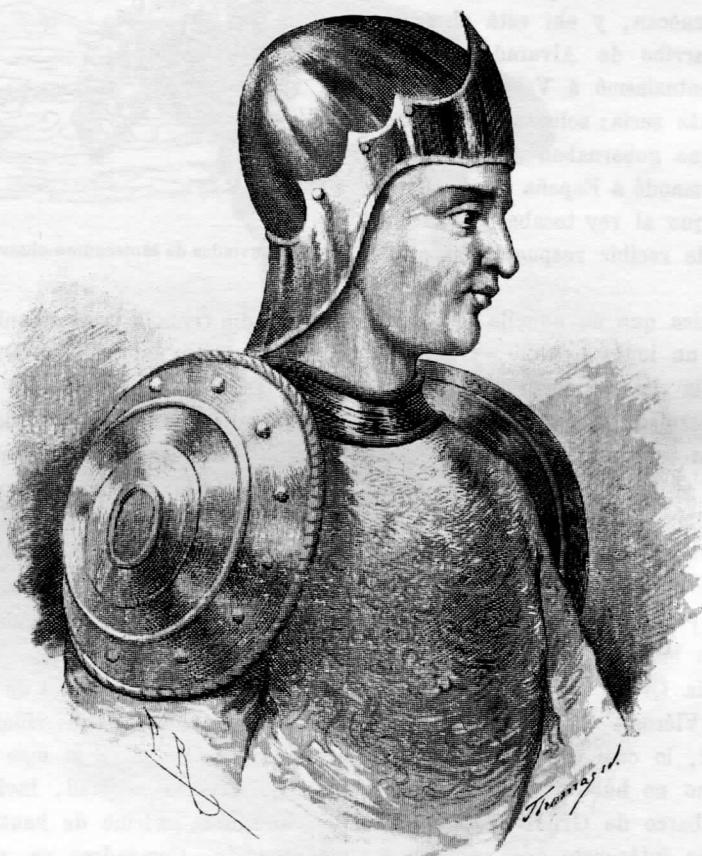
Diéronse Velázquez y Cortés á activar los aprestos de la armada: éste cambió de porte cuál convenía á su

nueva posición, y alzó banderas para la recluta. La bandera de Cortés era de unos fuegos blancos y azules, con una cruz roja en medio y el siguiente lema: *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus vere in hoc signo vincemus.*

Difícil es resolver entre encontradas opiniones quién hizo los gastos de la armada; pero de esas mismas contradicciones sacamos que Cortés gastó cuanto tenía, aunque no era mucho, según dicho de Las Casas, y que Velázquez hizo por lo tanto la mayor parte del gasto. Los vecinos de las islas, á la noticia de la expedición á un país tan abundante de oro, apresuráronse á engan-

charse en la armada; y así se juntaron en Santiago hasta trescientos hombres, entre ellos Diego de Ordáz, mayordomo mayor de Velázquez.

Tampoco es fácil decidir entre las opiniones contrarias, cómo partió de allí Cortés; despidiéndose con abrazos del gobernador, como dice Bernal Díaz, ó fugándose, como quiere Las Casas. Nosotros creemos que Velázquez se arrepintió de su nombramiento, y que sospechó de él, y que Cortés, comprendiéndolo, apresuró su marcha. Pero no puede admitirse una fuga y un alzamiento desde entonces, pues hubiera sido necesario que en el complot estuviesen los otros capitanes de los



Cristóbal de Olid

barcos y el mismo Diego de Ordáz. Una vez partidos, ya tenían un interés común y le sería fácil á Cortés contar con ellos.

La armada se dirigió á Macaca, y ahí estuvo ocho días haciendo víveres; de ahí se fué á Trinidad, donde alzó bandera solicitando quiénes se enganchasen para la expedición. Ahí se les reunieron muchos de los soldados de Grijalva, los hermanos de Alvarado y Cristóbal de Olid: y de Santiespíritus vinieron otros muchos con Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Rodrigo Rangel y los hermanos Jimena, á quienes Cortés recibió con salvas de artillería. Además de Matanzas, Carenas y otros lugares fueron como hasta doscientos hombres. En fin,

allí Cortés completó y provisionó su armada. Ya á ese punto las cosas, llegaron á Trinidad cartas de Diego Velázquez, mandando á su cuñado Francisco Verdugo, alcalde mayor de la villa, que detuviese la salida de la armada porque había destituído á Cortés; pero el interés común se había ya formado, convencieron á Verdugo de que no hiciese nada, Cortés escribió afectuosamente á Velázquez protestándole su lealtad y quejándose de su desconfianza, y apresuró la partida, que fué á principios de 1519. Marchando unos por tierra y otros por mar llegaron á la villa de San Cristóbal de la Habana, y haciendo nuevos enganches se unieron á Cortés Francisco de Montejo y otros buenos hidalgos. Parece que no anduvo Cortés muy escrupuloso en los

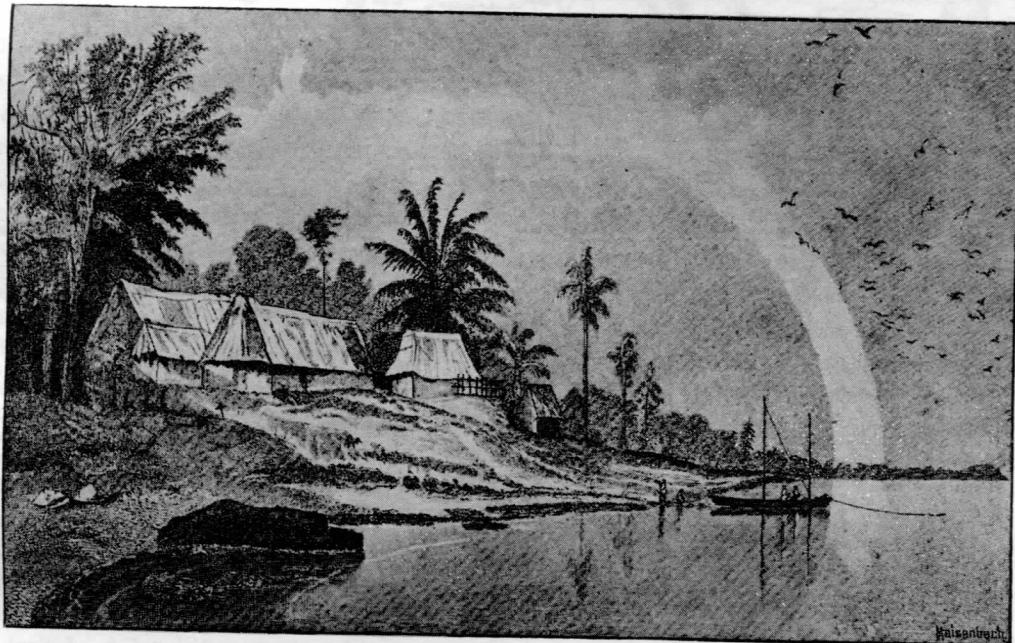
medios que empleó para terminar el equipo y pertrecho de sus naves, pues más tarde él mismo contaba riendo, que había andado por allí como un gentil corsario.

Nuevo esfuerzo hizo Velázquez para detener la armada, y aun mandó á Pero Barba y á otros sus amigos que prendiesen á Cortés; pero el interés común se había ya formado, como hemos dicho, y precipitando la marcha, escribió Cortés á Velázquez con nuevas protestas de lealtad, participándole que al día siguiente se daba á la vela.

En efecto, salió Pedro de Alvarado con el *San Sebastián*, dióse orden á Ordáz para que con su navío esperase en el cabo de San Antón, y Cortés salió de la

Habana con los nueve barcos restantes el 10 de febrero. Reunidos todos en San Antón y recogidos cien hombres de la estancia de Velázquez, después de oír misa para implorar la celeste protección, dióse al fin á la vela la armada, rumbo á Yucatán el 18 de febrero de 1519, de hecho alzada contra Diego Velázquez, y yendo por propia cuenta á empresas desconocidas.

Compuesta estaba la armada de once navíos. El que mandaba Pedro de Alvarado se había ido antes y llegó primero á Cozumel: en él iba Bernal Díaz. El mayor de los otros diez media cien toneles, servía de capitana y lo montaba Cortés con la compañía que se había reservado, yendo por piloto principal Antón de Alamillos. Los otros eran tres de sesenta toneles á ochenta,



Cozumel

los demás pequeños y sin cubiertas y bergantines, y el más pequeño venía á cargo de Ginés Nortes. Montábanlos por capitanes Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordáz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León y Cristóbal de Olid. Dividióse por compañías en las once carabelas la gente, que se componía de quinientos ocho soldados, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, con diez y seis caballos ó yeguas; ciento nueve marineros, maestres y pilotos, y unos doscientos entre indios, indias y negros, destinados para carga y servicio. Para las armas llevaban buen acopio de saetas, casquillos, nueces y cuerdas, pólvora y pelotas ó balas: y constaba la artillería de diez piezas de bronce y cuatro falconetes. Esto nos da un total de seiscientos setenta y tres españoles útiles para la guerra. De éstos deben

deducirse los hombres que, como veremos adelante, se volvieron en una nave.

Por lo visto, el pequeño ejército estaba organizado, dividiéndose en infantería, caballería y artillería. La infantería se componía de soldados armados de arma blanca, espada y rodelas, y repartidos en once tercios, de una compañía de ballesteros, y de una menor de escopeteros ó arcabuceros. La caballería la formaban los once capitanes y otros cinco jinetes: éstos, según refiere el señor Orozco, estaban pesadamente armados con armaduras y cascós de hierro; generalmente se adelantaban en la marcha y formaban la descubierta, y en la batalla peleaban en pelotones de dos ó tres hombres, con la lanza en ristra á la altura del rostro de los enemigos y sin dar botes, pues, más que matar, buscaban atropellar y desordenar los cuerpos contrarios. Cada compañía tenía su capitán y un alférez que

llevaba el estandarte. Las diez bombardas de algún calibre, y los cuatro falconetes ó culebrinas de dos y media libras de calibre formaban la artillería, de la cual era capitán Francisco de Orozco. Las balas eran piedras rodadas de los ríos, y las piezas se conducían tiradas por los mismos soldados. El general era Cortés, y el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Embarcada esa gente, y habiendo zarpado las naves bajo la protección de san Pedro, patrón especial de Cortés, encargóseles que siguieran á la capitana, que se distinguiría por un gran farol, pero en la noche se

levantó un fuerte nordeste que las separó, y aun estuvo en peligro la de Morla; mejorado el tiempo fueron llegando todas á Cozumel, en donde estaba ya la de Alvarado. Cortés reprendió á éste, puso en libertad á unos indios que había cogido y preso al piloto Camacho. Informóse Cortés de los españoles que había en Yucatán, y mandó en su busca á Ordáz con dos bergantines montados por veinte ballesteros y escopeteros, esperando su vuelta ocho días inútilmente. Cortés entre tanto se informaba del país, tuvo ocasión de destruir los ídolos de un templo, colocar en él una imagen de la



Mapa del imperio mexicano y señoríos tributarios, con los reinos de Acolhuacán y de Michuacán

Virgen y mandar hacer la famosa cruz de Cozumel, delante de la cual dijo misa el clérigo Juan Díaz. Vuelto Ordáz sin resultado y con enojo de Cortés, el 5 de marzo hizo rumbo la armada á la isla de Mujeres, y al día siguiente, que fué Carnestolendas, tomaron tierra y oyeron misa. El mismo dia se embarcaron; mas á poco comenzó á hacer mucha agua la nave de Escalante, y para repararla fué preciso que todos volvieran á Cozumel.

El primer domingo de Cuaresma, 13 de marzo, después de oír misa y de comer, cuando ya se disponía á partir la flota, llegó en una canoa Jerónimo de Aguilar, ordenado de Evangelio, quien había vivido entre los

mayas en unión de su compañero Gonzalo Guerrero; pero éste, ya casado y con hijos, vestía y andaba pintado como los mayas y no quiso unirse á los españoles. Aguilar, á pesar de que diariamente rezaba unas horas, había perdido la cuenta del tiempo y creía que era miércoles. Gran fortuna fué su hallazgo para Cortés, pues había aprendido la lengua del país y le sirvió de intérprete. El pobre diácono llegó desnudo, cubierto sólo con el *ex*, atados los cabellos atrás y con su arco y flechas en la mano.

Siguió su rumbo la armada pasando frente á Cham-potón y la laguna de Términos, y á 22 de marzo llegó al río Tabzcoob ó Grijalva. La expedición con las

pequeñas naves y los bateles desembarcó en la Punta de Palmares, á media legua de la población india que estaba á la orilla del río; y como viese Cortés el pueblo fortalecido y lleno de guerreros y en el río muchas canoas en son de combate, mandó artillar los bateles, dispuso el real y mandó tres soldados á explorar en la noche la vereda que conducía á la ciudad. Al día siguiente, miércoles 23 de marzo, bajaron algunas canoas con indios é intimaron á Cortés que dejara la tierra; contestóles por medio del escribano Diego de Godoy requiriéndoles que se diesen por vasallos del rey de España. A las diez Cortés subió el río con los bateles y bergantines hasta frente la población y mandó á Alonso de Avila por la vereda con doscientos infantes y diez ballesteros, y encontrando á los indios dispuestos á pelear se les repitió el requerimiento, á lo cual aquéllos respondieron con grandes sonidos de atambores y caracoles á que acudieron muchas canoas llenas de guerreros. Pronto la artillería barrió las débiles embarcaciones *tahucup* de los indios; pero como éstos hicieren valerosa defensa en la orilla del río, fué preciso asaltar metiéndose en agua y lodo, donde Cortés perdió el calzado de un pié, y seguir después sobre las albaradas del pueblo en que se refugiaron, y abierto un portillo continuar la pelea en las mismas calles, hasta que Alonso de Avila cayó con sus peones sobre la retaguardia de los defensores: entonces se retiraron éstos, pero batiéndose y sin volver las espaldas. Cesó el combate y Cortés se aposentó en el patio del templo, tomando posesión de la tierra por el rey de España, con lo que poniendo guardas al real se recogió la gente.

Pasóse el siguiente día en enviar gente á buscar víveres y tener algunas escaramuzas, y traídos unos prisioneros se supo que Melchor, fugado del campo español, incitaba á los indios á atacarlos y que á ello se disponían. Cortés dispuso al día siguiente, 25 de marzo, á salir al encuentro del enemigo: temprano se armó el ejército y oyó misa. Desembarcó alguna artillería y se puso al mando de Mesa, se formaron tres capitánías de á cien peones cada una, poniéndolas á las órdenes de Ordáz, con el alferez Antonio de Villaroel, sostenidas por otra capitánía de cien hombres que formaba la retaguardia. A la vanguardia iba la caballería mandada por Cortés, quien montaba su caballo zaino que después se le murió en Ulúa: la componían Cristóbal de Olid en su caballo oscuro harto bueno; Pedro de Alvarado en su yegua castaña muy buena de juego y de carrera; Portocarrero en su yegua rucia de buena carrera, que después vendió á Cortés por unas lazadas de oro; Juan Escalante en un tresalbo castaño oscuro no muy bueno; Francisco de Montejo en un alazán tostado de poco valor; Alonso de Avila acaso en el *Arriero* de Ortiz el músico; Juan Velázquez de Leon en la *Rabona*, yegua rucia y muy poderosa; Fran-

cisco de Morla en su magnífico castaño oscuro; Lares el buen jinete, en otro castaño algo claro y muy bueno; Morón en un otero labrado de las manos; Pedro González de Trujillo en un perfecto castaño y Gonzalo Domínguez en su castaño oscuro muy bueno y muy gran corredor. Ordáz montaba su yegua rucia machorra, y quedaron sin emplearse el otero de Baena, que no salió bueno, y la yegua de Sedeño, que parió en el navío.

Aquí conviene explicar cómo marchaban y combatían los españoles. Si los estudios del señor Orozco en todo nos han sido de gran utilidad, en esta sazón se deben tener por importantísimos. En marcha la descubierta se formaba con la caballería y con los peones más ligeros; seguía el cuerpo principal, compuesto de la vanguardia en que iba la artillería apoyada á ambos flancos por los infantes, del centro, en donde iban los indios que cargaban el bagaje, donde los ponían para que no pudiesen huir con la carga, y de la retaguardia, que era una compañía de peones. En la batalla los rodeleros apoyaban á los ballesteros y á los arcabuceros, y los peones se mantenían unidos en la línea sin dejarse separar por el empuje del enemigo, recibiendo el ataque á pié firme hasta que convenía avanzar. Siendo pocas las municiones, los arcabuceros y ballesteros no tiraban sino cuando hacían blanco. En el combate usaban los españoles de la formación en caracol, evolución de la época semejante al cuadro moderno y á la cual los obligaba su reducido número. La señal de acometer era el grito de: ¡Santiago, cierra España! Hemos dicho que los pocos jinetes estaban armados de punta en



Últimas guerras de Moteczuma. (Códice Mendocino)

blanco: no así los infantes; acaso algunos tenían coseletes y menos aun cascos. Peleando con sus espadas y rodelas tenían desventaja ante los hábiles flecheros indios, hasta que más tarde adoptaron el *ichcahuipilli* ó sayo de algodón de los mexica, en el cual se embotaban las flechas. La superioridad de los españoles consistía en su artillería, que á distancia destrozaba á los indios, espantándoles con el estampido y el fogonazo; en el fuego de sus arcabuces y en el muro de hierro de su caballería, seres sobrenaturales y para los indios desconocidos, que desbarataban impunemente sus líneas de batalla y hacían en ellos horrible matanza en el alcance.

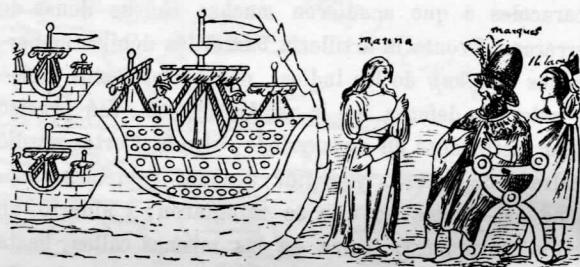
Puesto en marcha el ejército de Cortés para ir al encuentro del enemigo, se acercaron á otro pueblo que estaba como á una legua de su campo y se llamaba Centla; mas antes de llegar dieron con ellos en una llanura cortada por buena cantidad de acequias y zanjas. Trabóse el combate, y mayas y zoques pusieron en apuro á la vanguardia, pero auxiliada por la retaguardia lograron los españoles rechazarlos y salir á terreno unido. A pesar del estrago que arcabuces y artillería les causaba, volvieron los indios sobre los españoles, que ya tenían sesenta heridos, y tanto los apretaron que tuvieron que pelear espalda con espalda. Mas á ese tiempo llegó Cortés con la caballería, que se había detenido por los obstáculos del terreno, saliendo heridos cinco caballeros y ocho caballos, y lanzándose sobre los indios los monstruos hombre y animal, que ellos creían de una sola pieza, los desbarataron, y rehaciéndose los peones completaron la derrota hasta meter al enemigo en el monte. Hay quien, como Andrés de Tapia, diga que eran cuarenta y ocho mil los contrarios; pero conocemos bien su organización social y guerrera y mucho sería que fuesen cuatro ó cinco mil. Tapia habla de un auxiliar misterioso que apareció por tres veces en un caballo rucio picado, y Gomara dice que era Santiago, aunque Cortés más quería que fuese san Pedro; pero el verídico Bernal Díaz hace la reflexión de que bien pudieron ser los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro y que como pecador no fuese digno de verlos; pero que á quien vió y conoció fué á Francisco de Morla que iba en su caballo castaño.

Siguiéronse varias embajadas de indios con regalos de aves, mantas y oro, hasta concertarse la paz, y se cuenta que Melchor fué sacrificado por el mal éxito de la batalla. Repoblóse el pueblo, el mercedario fray Bartolomé de Olmedo por boca de Aguilar predió á los indios la excelencia del cristianismo, se construyeron una cruz y un altar donde se puso á la Virgen con el niño y dijose misa. Se puso á Centla por nombre Santa María de la Victoria, se construyó una cruz en una gran ceiba, y se determinó hacer función el domingo de Ramos, 17 de abril, con asistencia de los indios caciques, sus familias y vasallos. Oficiaron Olmedo y el clérigo Juan Díaz, hicieron los españoles la procesión de las palmas y la adoración de la cruz, y con los ramos en las manos se embarcaron en sus bateles y en canoas prevenidos por los indios, y recogiéndose en la flota levaron anclas al siguiente día, lunes 18 de abril.

Entre los obsequios que el cacique Tabzcoob hizo á Cortés, no fué el menos importante el de veinte esclavas, entre las cuales estaba la célebre Marina, conocida vulgarmente por la Malinche.

Parece imposible que tratándose de un personaje histórico tan importante en la conquista de México, casi nada se sepa de Marina. Se discute el lugar de

su nacimiento y se disputa su nacionalidad; se duda del origen de su nombre; se equivoca el papel que desempeñó al lado del Conquistador; poco se sabe de su vida y se ignora dónde reposó su cadáver. La mayor parte de los cronistas la suponen natural de Jalisco; pero esto no nos debe hacer fuerza, porque generalmente se copiaban los unos á los otros, y no es fácil explicar cómo de lugar tan distante había ido á Tabasco no existiendo relaciones entre los dos países. Bustamante dice que era de Xáltipan, y todavía hoy enseñan ahí una casa como suya; mas las casas de ese pueblo son de construcción posterior. Bernal Díaz, que trató mucho á Marina y residió en el Istmo, cuenta que era de Painalla, en la región de Coatzacualco, es decir, en la parte norte de dicho istmo de Tecuantepec. Si bien Bernal Díaz nombra Painalla al lugar del nacimiento



Arribo de la armada de Cortés

de Marina, la verdad es que tal lugar no existe ni de él se tiene memoria. Muñoz Camargo, confundiéndose, refiere que era de Huilotla, en Xalisco, y en Coatzacualco hay un pueblo llamado Oluta, y se conserva la tradición de haber nacido en él Marina. Oluta puede ser corrupción de Huilotla ó este nombre la forma mexica de aquél. Oluta fué, pues, el lugar donde nació Malintzin.

Es opinión general que recibió el nombre de Marina con el bautismo, de donde los mexica, agregando el reverencial *tzin*, hicieron Malintzin, que por corrupción se tornó Malinche. Pero el señor don Fernando Ramírez, siguiendo al intérprete del códice Telleriano, opina que la cosa pasó de manera contraria; que se llamaba Malinalli, y que por semejanza á su nombre le pusieron los españoles Marina. Según esta versión, llamábase la india Malinalli Tenépal: el segundo acaso nombre de familia ó el que, como era costumbre, agregó después, y el primero el del día en que nació. Más tarde se le agregó el reverencial.

Era hija del cacique de Oluta, y niña aun quedó sin padre. Casó la madre segunda vez, y habiendo tenido un hijo de su nuevo marido, para que heredase el cacicazgo determinaron deshacerse de la desgraciada niña, y haciéndola pasar por muerta la dieron á unos mercaderes del Xicalanco, quienes la vendieron á otros de Potonchán. La hija del cacique creció desde

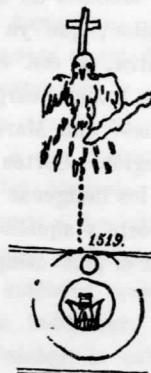
niña esclava, y como esclava infeliz. En su país se hablaba el naho, y en el lugar á que la llevaron la lengua más general era la maya; así es que sabía ambos idiomas, lo que fué parte muy principal para su destino futuro y para el papel que debía desempeñar en la Conquista. Creció hermosa, tanto, que á una diosa la compararon los enviados de Moteczuma.

Al recibirla Cortés entre las veinte esclavas que le dieron para que arreglasen la comida de su ejército, la dió á Portocarrero por encontrarla de buen parecer y entrometida y desenguada. Es de suponer que antes del embarque la cristianaron, pues Gomara refiere que las veinte esclavas fueron las primeras bautizadas en estas tierras, y ya la llamaban Marina cuando Cortés fundó la villa rica de la Vera Cruz.

Ya en ruta la armada siguieron sin detenerse hasta anclar en Ulúa el Jueves Santo, 21 de abril, después de medio día. Alaminos les dió fondeadero, y la capitana izó el estandarte real.

Moteczuma creía ciegamente que en las naves de Grijalva había venido el mismo Quetzalcoatl á recobrar su reino, y así cuando desaparecieron encargó á los

tecuhtli de la costa, y en especial al de Cuetláxtlan, vigilasen su vuelta y diesen todo lo necesario á los que él creía dioses. Como llegaran á México noticias de



Manera jeroglífica con que en la Tira de Tepéchpan se marca el arribo de los españoles

que los españoles habían vuelto á aparecer, acaso por su desembarque en Tabasco, nombró Moteczuma cinco embajadores, que fueron Yallizchán, Tepuztécatl, Tizaoa, Huehuétécatl y Hueycanezcácatl, para que les llevaran



Cortés recibe la embajada de Moteczuma
Tomado de una pintura del siglo de la Conquista, que existe en el Museo Nacional

un rico presente de piezas de oro, piedras preciosas, joyas, plumajes vistosos y las insignias de los dioses Quetzalcoatl, Tezcatlipoca y Tlaloc. Así es que cuando Cortés ancló en Ulúa salieron los enviados en dos canoas de Chalchiuhcuécan y se dirigieron á la capitana. Desde las canoas dieron su embajada, y entendidos por señas y comunicado á Cortés que lo tenían por un dios, comprendiendo cuánta ventaja podía sacar de ese engaño, vistióse con sus mejores atavíos

y se sentó en un trono que le aderezaron en el alcázar de popa. Recibió allí la embajada y los presentes, y alojó á los huéspedes en el castillo de proa. Al día siguiente hizo disparar la artillería, con lo cual se fueron amedrentados los embajadores, y tomaron de prisa el camino de México para dar cuenta á su señor.

Al día siguiente del arribo, Viernes Santo 22 de abril, desembarcaron los españoles en la costa arenosa de Chalchiuhcuécan, y formaron su real asestando la

artillería en lugar conveniente para defenderlo. Pasóse el día siguiente en rescatar objetos de oro por cuentas de vidrio y otras fruslerías, y el Domingo de Pascua, 24 de abril, llegó el *tecuhtli* de Cuetláxtlan, llamado Teuhtlilli, con Cuitlálpitoc, que ya había ido, según la crónica, cuando Grijalva, y con ellos muchos principales y gran número de *tamene* cargados. Ya desde el día anterior habían visto que Marina se entendía con los indios de esa región. Cortés hasta entonces se había comunicado con los indígenas por medio de Jerónimo Aguilar, porque éste y aquéllos hablaban la lengua maya; pero una vez en el país cempoalteca, los pueblos

de su camino desde allí hasta Tenochtitlán hablaban el náhuatl; de manera que Cortés se encontró sin medio de entenderse con ellos, y ya inútil Aguilar para intérprete. Mas como si la fortuna se empeñase en remover cualquier obstáculo que pudiera detener en su camino al audaz capitán, sucedió que los soldados notaron que Marina se comunicaba perfectamente con los indios de la región, y de ello dieron presurosos parte á Cortés. Tal era la suerte de éste, que había encontrado intérprete en una de las esclavas que los mismos indios le regalaron. Verdad es que Marina no comprendía el castellano, pero se entendía en maya con Aguilar. Formóse así una inter-



Fray Bartolomé de Olmedo

interpretación combinada: Cortés hablaba en castellano con Aguilar, éste en maya con Marina y Marina en mexicano con los indios; recibía de ellos la respuesta y la daba á Aguilar, quien la ponía en conocimiento de Cortés. Se dice que Marina aprendió pronto y á la perfección la lengua de los españoles; pero lo dudamos, porque todavía cuando la toma de México asistieron juntos á la presentación de Cuauhtemoc los dos intérpretes Aguilar y Marina. Cuenta Gomara que Cortés le ofreció á Marina porque le sirviese, más que la libertad. Lo cierto es que ella era la única persona que en esas circunstancias podía sacarlo de las más graves dificultades.

Recibió Cortés cariñosamente á Teuhtlilli y sus acompañantes; dijose misa por Olmedo ayudado de Díaz, y después comieron todos en la tienda del primero. Allí Cortés les dijo que era vasallo del rey más poderoso de la tierra, quien quería entablar buenas relaciones con el señor de estas comarcas, y que por lo tanto desearía verle y hablarle. Dióle Teuhtlilli el rico presente que llevaba, el cual le pagó Cortés con diamantes de vidrio, una silla pintada, una gorra con una medalla de San Jorge y otras miserias, y le encargó que mandase á sus pueblos que fuesen á trocar oro por las cuentas que traía. Y para hacer más impresión en los embajadores mandó Cortés que los caballeros

escaramucearan con sus caballos é hiciese fuego la artillería, lo cual acabó de convencer á los indios de que los españoles eran dioses y con ellos venía *Quetzalcoatl*. Algunos diestros pintores indígenas copiaron ese cuadro, para ellos extraordinario, representando todo hasta á los negros, á los cuales también tomaron por dioses llamándolos *teocacatzactli*.

Dejando gran cantidad de indios que hiciesen alimentos y sirvieran á los extranjeros, partió Teuhtlilli para México á dar cuenta de todo á Moteczuma. Este, creyendo que venían los dioses extranjeros, ya había dado orden á Tlillancalqui, según la crónica, de que se les preparasen aposentos y todo lo necesario por los caminos. Pero al recibir las nuevas noticias reunió el *Tlatócan* y citó en él á los reyes Cacama y Totoquihuátzin. Acobardados todos ante lo que suponían voluntad de los dioses, acordaron recibir de paz á los españoles. Solamente Cuitlahuac dijo con entereza á Moteczuma: Mi parecer es, gran señor, que no metas en tu casa á quien de ella te eche.

Por esta época se cita todavía en algunas crónicas á Tlilpotonqui *Cihuacoatl*; pero por el manuscrito de Chimalpain, sabemos que había muerto desde 1515 y que dejó muchos hijos é hijas, señaladamente una llamada Cihuaxochitzin, la cual fué una de las mujeres de Moteczuma y madre de las dos hijas de este emperador, que en el bautismo tomaron los nombres de doña Leonor y doña María. Entró de *Cihuacoatl* entonces Tlacaеel Xocoyótzin, nieto de Tlacaеel el viejo é hijo de Cacamátzin Tlacochcálcatl.

A principios de mayo volvió Teuhtlilli al campamento español con grandes presentes de oro en grano y labrado y otros objetos preciosos, y dijo á Cortés de parte de Moteczuma que mucho se holgaba de su llegada y del deseo que de verle tenía; pero que ni él podía bajar á la costa ni les era cómodo á los españoles subir á México. Moteczuma temblaba ante la voluntad de los dioses; mas procuraba alejar á los extranjeros. Cortés, con mayor astucia, respondió que era de tal importancia la misión del rey de España, que vencería todos los obstáculos; y con esto despidió á Teuhtlilli, dándole para Moteczuma una copa de cristal de Florencia labrada y dorada con muchas arboledas y monterías y á más tres camisas de holanda y otras cosas.

Mientras esto pasaba, Cortés se informaba del país y pudo conocer aproximadamente su organización y su estado, y cómo muchos pueblos deseaban sacudir el yugo de Moteczuma. Confirmáronlo en sus ideas los emissarios de Ixtlilxóchitl, quien ambicionaba el trono de Texcoco y se le ofrecía por amigo, y después Tlamanátzin y Atonalétzin, señores de Axapochco y Tepeyahualco, que se ofrecieron por aliados á cambio de promesas de tierras, y dieron razón minuciosa á Cortés del estado del país y de la leyenda profética de *Quetzalcoatl*. Habían venido éstos agregándose al paso á la nueva

embajada de Teuhtlilli, quien llevaba gran presente, pero la resolución de Moteczuma de negarse á toda entrevista; con lo cual se retiró, y al día siguiente todos los indios, dejando abandonado el campo español.

Era preciso ya tomar una resolución definitiva, y nos explicamos fácilmente el estado de ánimo de Cortés. Había venido á rescatar oro y se encontraba con un rico imperio fácil de conquistar. Se le tenía por una deidad con derecho á esa conquista por las supersticiosas creencias de los naturales que por *Quetzalcoatl* lo tomaban. En cuanto á los elementos para llevar á cabo tan árdua empresa, ya había probado en la batalla de Centla que sus soldados podían triunfar de gran número de guerreros indígenas; ya había visto cómo los aterraban y destrozaban la caballería y la artillería. Además, los enemigos de Moteczuma habían comenzado á ofrecérse por aliados; sabía que los pueblos querían sacudir la tiranía de aquel monarca y que aquel extenso imperio no era más que la reunión de elementos heterogéneos que tendían á separarse del centro, un castillo de naipes que se desharía al menor soplo del viento; elementos que en vez de apoyar á México podían utilizarse en su contra, y en fin, que inmediatos al valle de Anáhuac y en su camino encontraría señoríos poderosos que estaban en guerra constante con los mexica y que podían tornarse auxiliares de su empresa. Era indispensable abandonar el miserable empleo de mercader de rescates y convertirse en poderoso conquistador. Sin duda que le agujoneaban su vanidad y su inclinación á la grandeza: ya desde su partida de Cuba se había formado una servidumbre especial como si fuera magnate. Derecho para hacer la conquista encontrábalo en la bula de Alejandro VI que desde 4 de mayo de 1493 había dado á los reyes de España el dominio de las tierras é islas que se descubrieran en el Nuevo Mundo más allá de cierto meridiano. México estaba comprendido en la concesión, podía conquistarla para los reyes de España y esto le haría poderoso é inmortal. Pero él venía con poder de Velázquez, y para éste sería el provecho: era preciso romper ese lazo aun á costa de la lealtad. Acordóse Cortés de sus mañas de escribano y encontró el medio. Hasta entonces su autoridad le venía del poder de Velázquez; fundando una ciudad con su ayuntamiento se establecía el dominio real y desaparecía el del gobernador de Cuba, y de ese ayuntamiento podía Cortés recibir una nueva investidura que necesariamente lo libraba de la dependencia de su compadre: ya no quedarían de tal manera y por virtud de la ley más que dos autoridades en el país, la virtual del rey de España y la efectiva del Conquistador.

El plan era bueno, y decidióse Cortés á realizarlo. Al efecto había mandado á Montejo de antemano por el mar á que buscase sitio á propósito, y ya lo había encontrado al norte y como á unas ocho leguas, en un sitio llamado Quiahuitla, en tierra de totonaca. Se dió

al ejército orden de marchar para ese punto; pero el interés común estaba dividido ya y estalló el descontento en el campo. Los unos se contentaban con el rescate hecho, otros no querían aventurarse á mayores empresas y no pocos procuraban ser leales á Velázquez. Insistir en la orden habría causado un rompimiento definitivo, y así Cortés, fingiendo someterse, mandó pregonar el embarque y la vuelta á Cuba para el siguiente día. Aprovecharon la noche sus parciales para ponerse de acuerdo y ganar adeptos, y á la mañana siguiente, dándose por fundada la ciudad en el sitio mismo del campamento, para lo cual se levantaron

algunas enramadas por casas, una picota en la plaza y una horca fuera de la puebla, se eligieron alcaldes ordinarios á Portocarrero y Montejo y regidores á Alonso de Avila, á los dos Alvarados y á Sandoval, alguacil mayor á Juan de Escalante, capitán de entradas á Pedro de Alvarado, maestre de campo á Olid, alférez real á Corral, procurador á Alvarez Chico, tesorero á Gonzalo Mejía, contador á Alonso de Avila, alguaciles del real á Ochoa y Romero y escribano á Diego Godoy. Pusieron por nombre á la puebla la Villa Rica de la Veracruz, en memoria de haber desembarcado el Viernes Santo. Nadie se alzó contra los hechos



Diego de Ordáz

consumados, y quedó por única autoridad en el territorio la del rey de España.

Pero era preciso dársela á Cortés y continuó la comedia: mandóle el ayuntamiento que presentase los poderes que tenía de Velázquez, y examinados que fueron, declaró el Cabildo que habían cesado, por lo cual se procedió á nombrar en representación del rey un capitán del ejército y justicia mayor, quedando designado para el puesto el mismo Cortés. Aceptó éste el cargo, después de fingir rehusarlo, é hizo donación á la nueva villa de los bastimentos que había en las naves. Mandando á los parciales de Velázquez á expedicionar y poniendo á otros presos en la capitana para hacerlos después con dádivas sus amigos, como sucedió

con Velázquez de Leon y Ordáz, logró Cortés terminar las diferencias del ejército y pudo emprender camino rumbo á Quiahuiztla. Iba él por tierra con cuatrocientos hombres con dos falconetes, cuando recibió una embajada del cacique de Cempualla, quien lo invitaba á pasar á su pueblo. Aceptó, siguiendo su marcha en orden de guerra por precaución: así llegó al *teocalli* donde salió á recibirlo el cacique gordo del lugar y donde como dioses fueron alojados los españoles. Recordaremos que los totonaca constantemente habían procurado sacudir el yugo de los mexica; así es que Cortés halló desde luego un aliado importante en aquel cacique, señor de una ciudad bien construida, con más de 25,000 habitantes y más de treinta pueblos de su jurisdicción.

Al día siguiente partió el ejército español, y el otro, á las diez de la mañana, llegó á Quiahuitla. De pronto huyeron los habitantes espantados, mas hubieron de volver, y al otro día, cuando Cortés, el señor del lugar y el de Cempualla, que había llegado también, hablaban de la tiranía de Moteczuma, presentóse al capitán español ocasión favorable de afianzar la importante alianza de los totonaca. Estaban los tres en la plaza, cuando llegaron unos indios á avisar que se acercaban los recaudadores de Moteczuma. Espantados se precipitaron á recibirlos los dos *tecuhtli* abandonando á Cortés: los *calpixque* habían llegado antes á Cempualla, y por eso se había ido á Quiahuitla el cacique gordo. Ahí reprendieron á los *tecuhtli* porque habían recibido á los extranjeros; pero enteróse Cortés del caso, mandó á los totonaca que prendiesen á los enviados mexica y les ofreció su apoyo. El miedo anterior tornóse en osadía, apresaron á los *calpixque* y aun quisieron darles muerte. Cortés los salvó y los hizo escapar por mar, fingiéndose con ellos amigo de Moteczuma. Todo el Totonacápan, al saber que los extranjeros libraban á los pueblos del tributo y de la tiranía de México, alzóse por aliado de los españoles, y aun hay cronista que dice que los totonaca ofrecieron á Cortés levantar un auxiliar de cien mil hombres.

Entre tanto Moteczuma nada hacía, y solamente encontramos en nuestros manuscritos, como dato curioso, los nombres de los *tecuhtli* de los principales señoríos en esa sazón. Hélos aquí:

Acuechotzin en Tecamachalco.
Ixcozauhqui en Tepeyacac (Tepeaca).
Calcozámatl en Cuauhquechóllan.
Nahuiácatl en Itzócan.
Tlacayáotzin en Tenanco.
Cacamátzin en Amequemécan.
Itzcahuátzin en Chalco.
Tizapapalótzin en Huaxtepec.
Yaomahuítzin en Cuauhuáhuac.
Chalcayaótzin en Mizquic.
Tlatolcázin en Xochimilco.
Atenchicálcan en Cuitlahuác.
Mayahuátzin en Ixtacalco.
Atlpopocátzin en Tizoc.
Ixtotomahuátzin en Teopancálcan.
Cempoalxóchitl en Técpán.
Cuitlahuác en Ixtapalapan.
Tochihuítzin en Mexicaltzinco.
Tezozomoc en Culhuacán.
Huitzillátzin en Huitzilopochco.
Coapopocátzin en Coyoacán.
Totoquihuátzin en el reino de Tlacópan (Tacuba).
Tecuhtlehuacátzin en Atzcaputzalco.
Motecuhzomátzin en Tenayocan.
Panítzin en Ehecatepec.
Mazacoyótzin en Matlatzinco.

Tlacockhalcátl en Cempohuállan. (Este es el caci-que gordo que después se llamó don Pedro).
Coapopoca eu Náuhtlan.
Teuhtlilli en Cuetláxtlan.
Xicoténcatl en Tlaxcalla. (Era uno de los cuatro señores).
Temétzin en Cholóllan.
Quecehuatl en Huexotzinco.
Teohuac en Cálpan.
Tlaltécatl en Chiconauthla.
Coyótzin en Acólman.
Teyaoyahualohuátzin en Tepéchpan.



Teyaoyahualohuátzin, último señor de Tepéchpan

Quetzamamalitzin Huétzin en Teotihuacán, quien en el año que vinieron los españoles heredó el señorío de su padre Xiuhtotótzin; pero como era niño, gobernaba su tutor Mamahuátzin.

Tlamapátzin en Axapochco.
Atonalétzin en Tepeyahualco.
Cuechimáltzin en Otómpan (Otumba).
Tzontémóctzin en Huexotla.
Xauintecuhtli en Coatlinchán.
Citlalcoatl en Tultitlán.
Ayocoátzin en Tepexic (Tepeji).
Quinátzin en Tepotzotlán.
Matlillihuítzin en Apazco.
Tzotzolítzin en Xippacóyan Tóllan.
Mexayacátzin en Xilotepéc.
Acxóyotl en Chiapa.
Ocollótzin en Xocotitlán.
Cozacacuahutli en la Mixteca.
Condoy en Totontepec.
Cosijoeza en Zachilla.
Cosijopii en Tecuantepéc.
Aztatzóntzin en Cuauhitlán.

Zuangua en Michuacán, quien á poco murió, heredándole su hijo Zinzicha.

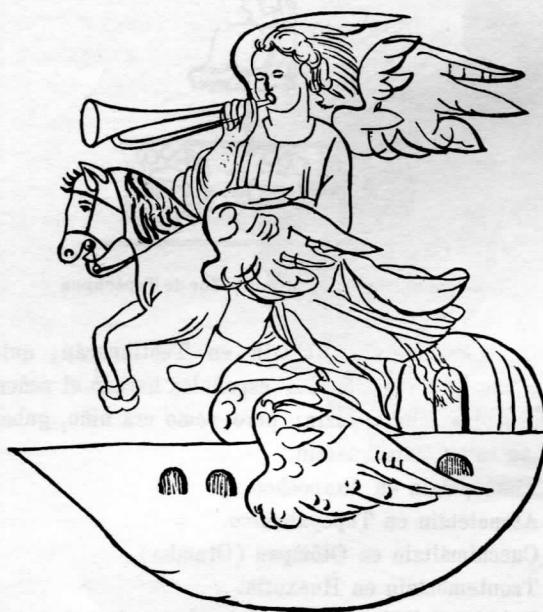
Cacama en Texcoco.

Moteczuma Xocoyótzin en México.

Cuauhtemoc, como jefe especial de Tlatelolco, y los que ya hemos citado en el Onohualco y península maya y el Canek del Petén.

Siguióse en el campo de Cortés la fundación de la villa en unos llanos abundosos de agua y cerca de unas salinas, á media legua de Quiahuiztla, y otra media del puerto encontrado por Montejo, que nombraron Bernal, y donde anclaron las naves. Trazóse iglesia, fortaleza, casa de regimiento, atarazanas, plaza, casa de munición y se señalaron solares para los vecinos. Al pueblo de Quiahuiztla le llamaron Archidona.

Moteczuma, cuando llegaron sus *calpixque*, mitad quejosos por su mal trato y mitad agradecidos por la libertad que les había dado Cortés, le envió nueva embajada. Escogió para ella á dos jóvenes sobrinos suyos y á cuatro ancianos *tlatoani* ó consejeros: presentáronle á Cortés mantas, plumas, joyas y un casco lleno de pepitas de oro, y se quejaron de cómo los



Símbolo de la Conquista en el códice Ramírez

totonaca se resistían á pagar el tributo. Regalólos Cortés con cuentas de vidrio y bujerías, y les contestó que los totonaca ya sólo podían tributar al rey de España. Esparcióse rápidamente por el Totonacápan la noticia de que Cortés los libraba de pagar tributo á Moteczuma, y esto afirmó su alianza con los extranjeros. Moteczuma con sus embajadas ponía cada vez de peor estado su causa, pues tanto presente de oro agujoneaba la ambición del Conquistador.

Presentósele á éste oportunidad de probar las fuerzas de sus aliados. Los indios de Tizapantzinco

habían entrado en tierras de Cempúllan, y el cacique pidió auxilio á Cortés. Éste se lo dió de buena gana, y salió con cuatrocientos peones, catorce caballos y una bombarda, á los cuales se unieron en Cempúllan dos mil totonaca. Pero en el camino, indagando que los cempalteca no tenían justicia, hizo ajustar las paces, á lo que todos se avinieron. Vuelto á Cempúllan creyó su autoridad bastante firme para empezar á destruir los ídolos de los indios, y aunque éstos resistieron y se amotinaron, venció el motín apoderándose de los principales; los ídolos fueron derribados y en su lugar se levantó altar á la Virgen; dijo misa Olmedo y se bautizaron ocho hijas de caciques que habían sido regaladas á los españoles.

Vuelto el ejército á la puebla, aquel mismo día fondeó en Bernal una nave mandada por Francisco Salcedo, en la cual llegaban sesenta soldados y diez caballos. Mas en cambio traía la noticia de que Velázquez había sido nombrado adelantado, con facultad de rescatar y poblar en las tierras que descubriese.

Volvía á ponerse en peligro la autoridad de Cortés y á encontrar apoyo los descontentos. Para asegurar aquélla se decidió que escribieran una carta relación al rey de España el regimiento de la villa y los vecinos pidiéndole aprobase todo lo hecho y que se le enviase de regalo todo el tesoro ya adquirido. Así se hizo, nombrando procuradores al efecto á Portocarrero y Montejo. La carta del regimiento de la Villa Rica de la Veracruz tiene fecha de 10 de julio de 1519. Antes de darse á la vela los procuradores se formó un complot para apoderarse de un bergantín é ir á dar parte á Velázquez de la nao y del tesoro que llevaba; pero denunciado por Coria, Cortés, como justicia mayor, juzgó á los culpables: Pedro Escudero y Diego Cermeno fueron ahorcados; á Gonzalo de Umbría le cortaron los piés, y á cada uno de los hermanos Pañete dieron doscientos azotes y el clérigo Juan Díaz fué severamente amonestado.

El complot, que estuvo á punto de tener buen éxito, convenció á Cortés de que era preciso marchar sobre México y quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba. Ya sus parciales le habían aconsejado que destruyese las naves, y creyendo oportuno el momento, marchó á Cempúllan con todos los caballos y doscientos peones y mandó que ahí se le reuniese la fuerza conque andaba expedicionando Pedro de Alvarado. Cortés por entonces había perdido su caballo y había adquirido el famoso *Arriero* del músico Domínguez. Para appearance legalidad hizo que los maestros le dieran un informe de que las naves estaban en muy mal estado, y en su virtud mandó al alguacil mayor, Juan de Escalante, recogiese cables, anclas, velas y cuanto contenían las embarcaciones, y con excepción de los bateles destinados á la pesca diese con ellas á través. Todas fueron varadas y no quemadas, como vulgar-

mente se dice, menos la capitana, en que partieron los procuradores llevando por pilotos á Antón de Alaminos y á Camacho. Zarparon el 16 de julio después de que dijo misa el padre Olmedo encomendándolos al Espíritu Santo.

Con lo salvado podían volverse á construir las naves, mas de pronto estaba cortada la retirada á los descontentos ó tímidos; así es que Cortés, dejando á Escalante por capitán de la puebla y con él ciento cincuenta hombres de los menos útiles, salió con el ejército para Cempúállan, á la que se puso Nueva Sevilla: allí el cacique gordo les dió un cuerpo auxiliar de totonaca, doscientos *tlamame* para cargar el fardaje y tirar de la artillería y en rehenes y para servir de guías cincuenta de los principales guerreros. Antes de partir Cortés arregló que de todo lo que se rescatase

ó adquiriese en las entradas, después del quinto del rey se le diese otro quinto á él.

El ejército de Cortés había tenido bajas, entre ellas diez y siete muertos y los que habían partido en la capitana; pero en cambio había tenido de alzas á Salcedo con su gente y con diez caballos, cosa importantísima, y pocos días antes de partir hubo de apoderarse de cuatro hombres de un buque de Garay que iba al Pánuco y de dos marineros que desembarcaron.

Cortés salió de Cempúállan para México el 16 de agosto con cuatrocientos peones, diez y seis caballos, seis piezas de artillería y mil trescientos totonaca al mando de Teuch, Mamexi y Tamalli.

El señor Orozco formó la lista de los conquistadores de México, y por no haberla incluido en su *Historia* damos aquí la lista de los

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON CORTÉS

Abrego, Gonzalo.	treinta hijos en las indias; le mataron en Hibueras.
Acevedo, Francisco.	
Acevedo, Luis.	
Aguilar, Alonso de, dueño de la venta de Aguilar entre Veracruz y Puebla; se hizo rico, y en seguida profesó como religioso dominico.	Amaya, vecino de Oajaca.
Alamilla, vecino del Pánuco.	Amaya, Pedro.
Alaminos, Antón de, piloto, descubridor de las costas occidentales de Yucatán.	Angulo; murió á manos de los indios.
Alamino, Antón de, piloto é hijo del anterior.	Antón, Martín, de Huelva.
Alamino, Gonzalo, paje de Cortés.	Aparicio, Martín, ballestero.
Alamos, Jerónimo.	Aragón, Juan, vecino de Guatemala.
Albaida, Antón de.	Arbenga, levantino, artillero.
Alberza; le mataron los indios.	Arbolanche, buen soldado; murió á manos de los indios.
Alburquerque, Domingo.	Arévalo, Luis.
Alcántara, Pedro.	Arguello; le cogieron vivo los indios que desbarataron á Escalante en 1519.
Aldama Juan, de Carmona.	Argueta, Hernando de.
Almonte, Pedro.	Arneja, artillero.
Almodóvar, Alvaro.	Arroyuelo, ballestero; murió á manos de los indios.
Almodóvar, Alonso, hijo de Juan el Viejo.	Astorga, anciano, vecino de Oajaca.
Almodóvar, hermano de Alvaro, y ambos sobrinos de Juan el Viejo; uno de ellos murió á manos de los indios.	Asturiano, Francisco.
Alonso, Alvaro, de Jerez.	Avila, Alonso, capitán, el primer contador puesto por Cortés en la Nueva España; fué por procurador á la Española.
Alonso, Luis ó Juan Luis, tenía por sobrenombre el Niño, por ser muy alto de cuerpo; le mataron los indios.	Avila, Sancho; murió á manos de los indios.
Alonso, Martín, de Sevilla.	Avila, Luis, paje de Cortés; pobló en Michoacán.
Alonso, Martín, de Jerez de la Frontera.	Baldovia; le mataron los indios en 1519.
Alonso, Luis, maestre jinete y diestro en la espada.	Baldovinos, Cristóbal; le mataron los indios.
Alpedrino, Martín de, portugués, ya anciano.	Balnor; murió á manos de los indios.
Altamirano, Diego, murió religioso franciscano.	Barrientos, Alonso, buen soldado.
Altamirano, Francisco, deudo de Cortés.	Barrientos, Hernando, el de las granjerías.
Alvarado, Juan, hermano bastardo de los cuatro de su apellido, Pedro, Gómez, Gonzalo y Jorge; murió en la mar yendo á comprar caballos á Cuba.	Barrios, Andrés de, buen jinete, señor de la mitad de Metztitlán.
Alvarado, Pablo.	Barro, Juan, primer marido de doña Leonor de Solís, ballestero.
Alvarado, Hernando.	Bartolomé Martín, de Palos.
Alvarez Chico, Juan; le mataron los indios en Colima.	Bautista, criado de Jorge de Alvarado.
Alvarez, Melchor, de Teruel.	Bautista de la Purificación.
Alvarez Chico, Francisco, hermano del anterior, procurador mayor de la Villa Rica; murió en la isla de Santo Domingo.	Benavídez, Nicolás.
Alvarez Rubazo, Juan, portugués.	Benítez, Juan, maestro de aderezar ballestas.
Alvarez Vivano, Juan.	Berganciano, Juan.
Alvaro, marinero, en obra de tres años tuvo	Berrio, Pedro.
	Benito, escopetero.
	Blasco, Pedro, de quien fué la casa de Juan Velázquez de León, donde se edificó el convento de Santo Domingo, y es la antigua Inquisición y hoy la Escuela de Medicina.
	Bonal, Francisco.
	Botello, Blas, el Nigromántico; murió en la Noche Triste.
	Brica, Juan, sastre.
	Briones, Gonzalo, buen jinete.
	Bueno, Tomás.
	Burgos, Rodrigo.
	Burguillos, Gaspar, paje de Cortés, rico; se metió á novicio y dejó el convento volvió después y murió religioso franciscano.
	Cáceres Delgado, Juan, señor de Maravatío.
	Cáceres, Manuel, pobló en Colima.
	Caicedo, Antonio, fué hombre rico.
	Camacho de Triana, piloto.
	Camargo, Toribio.
	Cancino, Pedro.
	Canillas, atambo en Italia y en México; murió en poder de indios.
	Cano, Alonso.
	Canto, Andrés del.
	Carabaza, maestre de una nao.
	Carmona, Juan, de Casalta, hermano del soldado del mismo nombre.
	Carrasco, Gonzalo, compadre de Cortés.
	Carrión, Juan.
	Carrión, Rodrigo de.
	Cartagena, Juan de.
	Carvajal Turrecaos, Antonio; murió en la toma del templo de Tlalteolco.
	Casas, Francisco de Las, primo de Cortés.
	Castellar, Pedro del.
	Castellanos, Pedro, vivió en Veracruz.
	Castillo, Antonio del.
	Castro, Pedro.
	Catalán, Alonso, buen soldado; murió á manos de los indios.
	Catalán, Juan, artillero.
	Cazanori Gutierre.
	Cermeno, Juan, piloto, hermano del soldado del mismo nombre; Cortés le mandó ahorcar en la Villa Rica el año de 1519 porque se quería volver á Cuba. En algunas partes se le llama Diego.
	Celos, Bartolomé; se le encuentra también con el apellido de Celi.
	Cervantes, el Loco, chocarrero y truhán de Diego Velázquez; murió á manos de los indios.
	Cevallos, Alonso de.
	Clemente, aserrador.
	Cieza, tirador de barra; le mataron los indios.
	Cifuentes, Francisco.
	Cordero, Antón.
	Colmenero, Juan Esteban.
	Coronado; murió á manos de los indios en Tepeaca, año 1520.

Correa, Diego, marinero.	Farfán, Luis; le mataron los indios.	Hermosilla, Juan.
Correa, Juan.	Fernández, Juan, alférez de Francisco Verdugo.	Hernández, Santos, el Buen viejo, jinete bátilor, natural de Soria
Coria, Bernardino de; descubrió á los que se querían volver á Cuba.	Fernández, Juan, descubridor de Michoacán.	Hernández Portocarrero, Alonso, de la casa del conde de Palma, natural de Ecija, capitán, primer alcalde ordinario de la Villa Rica; fué á España como procurador de Cortés.
Coria, Diego de, vecino de México.	Fernández, Juan, el Fraile	Hernández de Palo, Alonso, viejo.
Cortés, don Hernando, general del ejército, gobernador y capitán general de la Nueva España, marqués del Valle; murió en España.	Florines.	Hernández, Alonso, sobrino del anterior, ballestero; murió á manos de los indios.
Cortés de Zúñiga, Alonso.	Florines, hermanos; les mataron los indios.	Hernández, hermano del anterior.
Cortés, Juan, esclavo negro de don Hernando.	Francisco, indio mexicano, intérprete.	Hernández, Diego, aserrador; trabajó en la construcción de los bergantines.
Cortés, Juan, cocinero de don Hernando; pudiera ser el mismo esclavo negro, aunque aparece como diverso.	Franco, Pedro.	Hernández Maya, Alonso.
Cortés, Francisco, pariente de don Hernando.	Fuenterrabia, Juanes de.	Hernández, Bartolomé, de la guardia de Cortés.
Cristóbal Gil.	Galdín, piloto.	Hernández Pérez, Francisco.
Cubillas, Juan.	Galeote, Antonio.	Hernández, Francisco, de la guardia de Cortés.
Cuellar, Bartolomé, el de la Huerta.	Galindo, Juan, buen jinete, señor de Texcaltitlán.	Hernández, Francisco, escribano real ante quien renunció Cortés el cargo de general que traía de Diego Velázquez
Cuellar, Francisco, vecino de México.	Gálvez, Melchor, vecino de Oaxaca.	Hernández de Herrera Garú, el Filósofo.
Cuenca, Simón de, mayordomo de Cortés, regidor de la Vera-Cruz y en cuya casa estuvo preso Narváez; matáronle los indios en Xicalanca con otros diez soldados.	Gallardo, Antonio.	Hernández de Mosquera, Gonzalo.
Cuesta, Alonso de la.	Gallego, Pedro; le sacrificaron los indios.	Hernández Bejarano, Gonzalo; lo sacrificaron los indios en Tetzcoco.
Cuevas, Juan, señor de Xiquilpan.	Gallego, Bartolomé.	Hernández de Alaniz, Gonzalo, soldado valiente.
Cuvieta, Sebastián de.	Gallego, Gonzalo, galafate.	Hernández, Gonzalo, de Palos, señor de la mitad del Pueblo Morisco; vivió en Puebla.
Chacón, Gonzalo, peje de Cortés y señor de Oxitlán.	Gallego, Alvaro, vecino de México.	Hernández Montemayor, Gonzalo.
Chavez, hombre de gran fuerza.	Gámez, Alonso.	Hernández Tavira, Juan.
Chiclana, Antón de.	García, Bartolomé, minero en Cuba; éste y su compañero Ortiz pasaron el mejor caballo, que después compró Cortés.	Hernández, Pedro, de Extremadura; no tenía la barba.
Dazco, Francisco.	García, Esteban, marinero.	Hernández, Pedro, el Mozo.
Delgado, Alonso, buen escopetero.	García, Ginés.	Hernández de Córdoba, Rodrigo.
Díaz, Bartolomé.	García, Juan, vivió en Veracruz.	Hernández, Santos, herrero.
Díaz de la Reguera, Alonso.	García, Juan, de Lepe.	Hernández de Córdoba, Cristóbal.
Díaz, Gaspar; fué rico, abandonó sus indios y se metió á ermitaño en los pinares de Huexotzinco, atrayendo á otros que allí se pusieron á pasar la misma vida.	García, Julián.	Hernán, Martín, herrero, casado con Catalina Márquez, dicha la Bermuda.
Díaz, Miguel, el Viejo.	García, Luis.	Hernando, Martín, de Palos.
Díaz, Domingo.	García Casaví, Pedro	Hernando, Alonso, herrero: según las noticias de Panes, «fué natural del condado de Niebla; quemáronle en México por judaizante en 1528; está su sambenito en esta catedral; fué marido de Beatriz Ordáz.»
Díaz de Sotomayor, Pedro, bachiller.	Garnica, Gaspar.	Herrera, Alonso, capitán en los zapotecas; murió en el Marañón.
Díaz del Castillo, Bernal, el Galán, buen soldado y el historiador más sincero de la Conquista.	Garrido, Pedro.	Herrera, Pedro.
Durán, Alonso, algo viejo; ayudaba de sacerdán y se metió á religioso mercenario.	Ginovés, Lorenzo, piloto, vecino de Oaxaca.	Hoyos, Gómez de vecino de Colima.
Eciujoles, Tomás, italiano, intérprete y marido de Beatriz Hernández.	Godoy, Diego, escribano.	Hoyos, Gonzalo de.
Ecija, Andrés de.	Gómez, Andrés, ballestero.	Huemes, Miguel.
Enamorado, Juan.	Gómez, Alonso, de Trigueros.	Hurones, Gonzalo.
Enrique; murió sofocado por el calor de las armas.	Gómez, Francisco, marinero.	Hurtado, Hernando.
Escalante, Juan, capitán, primer alguacil mayor de la Villa Rica; murió á manos de los indios en la batalla de Almería, con otros siete soldados.	Gómez de Herrera, Juan.	Ilán, Diego, encomendero de Oulotepec.
Escalante, Pedro, rico y galanteador, fué buen religioso franciscano.	Gómez de Guevara, Juan.	Ilán, Luis.
Escalona, Juan, capitán, murió en el cerco de México.	González de Nájera, Francisco, padre de Pero ó Pedro: murió en Guatemala.	Iniesta, Juan de, ballestero.
Escacena, Antonio, el Colérico.	González, Diego, sacrificián	Ircio, Martín; vivió en Tepeaca.
Escobar, Alonso de, paje de Diego Velázquez; le mataron los indios.	González Dávila, Gil, capitán, que mató á Cristóbal de Olié en Hibueras.	Izquierdo; se asevidó en Guatemala.
Escobar, el Bachiller, médico, cirujano y boticario; murió loco.	González, Hernando, fundador en Oaxaca.	Jaca, Alonso Martín.
Escobar, Juan, buen soldado; murió ahorcado por haber hecho fuerza á una casada.	González de Leon, Juan, marido de Francisca de Ordáz.	Jaen, Cristóbal de.
Escudero, Pedro; fué ahorcado en la Villa Rica, de orden de Cortés, el año 1519, porque se quería volver á Cuba: también le llaman Diego.	González Reales, Juan.	Jaen, Gonzalo.
Escudero, Juan.	González, Juan, casado.	Jaramillo, Cristóbal, tío de Juan.
Espíndola, Juan de.	González, Nuño.	Jerez, Cristóbal.
Espinosa, vizcaíno; murió en poder de los indios.	González, Pedro, de Trujillo.	Jiménez, Gonzalo; pobló en Oaxaca.
Espinosa, el de la Bendición.	Grado, Alonso de, tesorero del ejército y visitador general de indios, «y era hombre más para entender en negocios que guerra, y éste, con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con doña Isabel, hija de Montezuma.»	Jiménez, Hernando, de Sevilla.
Espinosa, natural de Espinosa de los Monteros; murió á manos de los indios.	Granado, Alonso Martín.	Juan Martín, de Villanueva.
Esquivel, Alonso.	Granado, Francisco.	Juan Martín; le mataron á pedradas los indios de Tlatelolco.
Esteban, Martín, de Huelva.	Griegos, Juan.	Juan, genovés.
Esteban, Miguel.	Grijalva, Alonso.	Juan Aparicio.
Estrada, Alonso, capitán.	Grijalva, Francisco.	Juárez, Juan, cuñado de Cortés.

dueño de la venta de <i>Lencero</i> (hoy el Encero), entre Veracruz y Puebla; se metió á religioso mercedario.	Mesta, Alonso de la; murió en poder de indios.	Ovando, Diego.
Leon, Alvaro, cetrero de Cortés.	Mezquita, Diego de la; vivió en Oaxaca.	Páez, Francisco Bernal.
Leрма, parece ser diverso del capitán Hernando; aburrido de Cortés se metió entre los indios y no se volvió á saber de él.	Mezquita, Martín de la.	Palomares, Nicolás de.
Lepuzcano, Rodrigo, vecino de Colima.	Miguel Esteban, camarero de Cortés.	Paniagua, Gómez de.
Lezama, Hernando, capitán.	Milla, Francisco.	Pérez, Bernardino.
Limpias Carvajal, Juan de, capitán de uno de los bergantines; ensordecido en la guerra de México.	Millón, Juan.	Paz, Pedro, primo de Cortés.
López de Jimena, Gonzalo; murió á manos de los indios.	Miranda, Francisco.	Paz, Rodrigo de, primo y mayordomo de Cortés.
López de Jimena, Juan, alcalde mayor de la Vera-Cruz.	Monjaraz, Gregorio, hermano del capitán Andrés, ensordecido en la guerra de México; buen soldado.	Pedro, Martín, de Coria.
López, Román; perdió un ojo y murió en Oaxaca.	Monjaraz, Martín, tío del anterior.	Pedro, Francisco.
López de Avila, Hernán, tenedor de los bienes de difuntos; se fué rico á España.	Monjaraz, Pedro, paje de Cortés.	Peinado, Antonio.
López, Alvaro, carpintero, vecino de Puebla.	Monroy, Alonso, se mudó el apellido en Salamanca; le mataron los indios.	Peña, Pablo, por sobrenombre Peñita el pulido, encomendero de Tetela.
Lopez, Jerónimo; vivió en Tetzco.	Montañés, Pedro.	Peñafiel, Alonso.
López, Diego, ballestero.	Montejo, Hernando de.	Peñalosa, Diego.
López Morales, Francisco, de Sevilla.	Montejo, don Francisco de, adelantado y conquistador de Yucatán; murió en Castilla.	Peñafielosa, Francisco, ballesteros, señor de la mitad de Malinalco.
López Sánchez.	Montero, Francisco.	Peñate, Alonso, marinero.
López Alcántara, Pedro.	Monterroso, Blas.	Peñate, marinero, hermano del anterior.
López, Pedro, ballesteros, diverso de otro del mismo nombre y ejercicio; murió en la Española.	Montesino, Juan.	Pérez, Juan, capitán; quedó por Cortés en Tlaxcala.
López, Bartolomé, vecino de la Villa Rica.	Montes, Pedro de.	Pérez Maite, Alonso; le mataron los indios.
López Cano, Rodrigo.	Mora; murió en los peñoles de Guatemala.	Pérez Pareja, Alonso.
López, Román, alferez de Andrés de Tapia; pobló en Oaxaca.	Morales; anciano, cojo, alcalde ordinario de la Villa Rica.	Pérez, Hernán.
López, Cristóbal.	Morales, Cristóbal, de la compañía de Tapia.	Pérez de Arteaga, Juan, intérprete; los indios le decían Malinche.
López, Iñigo.	Morante, Cristóbal.	Pérez, Alonso, de Béjar.
Luco, Alonso, de Peñaranda y señor de Chiautla.	Moreno Medrano, Pedro, vecino y alcalde ordinario de la Vera-Cruz; se pasó á vivir á Puebla.	Pérez Cardo, Francisco.
Lugo, Luis del, el Chismoso.	Moreno, Isidro.	Pérez García.
Luis Martín.	Morillas; le mataron los indios.	Pérez de la Higuera, Juan.
Llerena, García de.	Morila, Francisco de, capitán, buen jinete; murió en la Noche Triste.	Pérez, Martín, de Badajoz.
Madrid, el Corcovado, buen soldado; murió en Colima ó Zacatula.	Morcillo, Alvaro; vivió en Guatemala.	Petón de Toledo, Pedro.
Magallanes, Juan, portugués, buen soldado, y bien suelto peón; murió en el cerco de México.	Morcillo, Francisco, señor de Indaparapeo.	Pinedo, Cristóbal, criado de Diego Velázquez y buen soldado; huérfano de México para pasarse al campo de Narváez, y los indios le mataron de orden de Cortés.
Maldonado, Alvaro, el Fiero	Morón, Alonso, músico.	Pizarro, Diego, pariente de Cortés, «capitán que fué en entradas»; murió á manos de los indios.
Maldonado, Manuel, el Bravo, señor de Jicotepéc.	Morón, Pedro.	Pizarro, Pablo; murió en la Noche Triste.
Maldonado, Pedro; vivió en Veracruz.	Mosco, Sebastián.	Plazuela, sobrenombre.
Mallorquín, Antón.	Motrico, Alonso de.	Polanco, natural de Avila y vecino de Guatemala.
Mallorquín, Gabriel.	Motrico, Diego, marinero.	Ponce, Diego; le mataron los indios.
Manusco, Rodrigo, maestresala de Cortés.	Nájara Juan (diverso), el Sordo.	Porras Holguín, Diego de.
Manzanilla, Pedro, indio de Cuba y hermano de Juan; murió á manos de los indios.	Nájara, el Corcovado, muy valiente; murió en Colima ó en Zacatula.	Portillo, Carlos, soldado de la guardia de Cortés; murió religioso franciscano.
Márquez, Juan, capitán de los indios que iban contra Narváez.	Nao, Rodrigo de la.	Portillo, Francisco.
Márquez, Juan, gallego.	Napolitano, Luis; vivió en Tetzco.	Prado, Alonso.
Martín, Juan, por sobrenombre Narices; murió á manos de los indios.	Narváez, Gonzalo.	Prado, Juan de.
Martín el bachiller, que dijo en México la primera misa.	Navarrete, vecino del Pánuco.	Proaño, Diego Hernández de.
Martínez, Hernando, y	Niebla, Hernando.	Quemado, Bartolomé.
Martínez, su hermano, murieron á manos de los indios en la costa del Sur.	Niño, Domingo.	Quesada, Bernardino.
Martínez Villeras, Juan, fué á la conquista de los zapotecas.	Nortes, Ginés; murió á manos de los indios de Yucatán.	Quesada, Rodrigo.
Maria, Antonio.	Núñez de Mercado, Juan; cegó y se avecindó en Puebla: hay otros conquistadores del mismo nombre y apellido con quienes puede confundirse.	Quesada, Cristóbal.
Mazarriegos, Diego de, conquistador de Chiapas.	Núñez Mercado, Juan, paje de Cortés; fundó en Oajaca.	Quevedo, Francisco.
Medel, Francisco.	Núñez, Andrés, capitán de uno de los bergantines.	Quintana, Francisco.
Medina, Francisco, capitán en una entrada, natural de Aracena; le mataron los indios en Xicalanco, con otros quince soldados.	Núñez Sediego, Juan, pobló en Oajaca.	Quintero, Juan; se hizo rico con sus encomiendas de indios, y después se metió á religioso franciscano.
Medina, Juan, repostero de Cortés.	Ocampo, Diego.	Robanal, montañés; murió en poder de los indios.
Mejía, Diego.	Ocaña, Alonso.	Ramírez, el Viejo.
Mejía, Gonzalo, tesorero.	Ocaña, Francisco.	Ramírez, Gregorio.
Mejía, Francisco, artillero mayor, señor de Iguala.	Ochoa, paje mozo de don Hernando.	Ramos, Martín.
Melchorejo, indio de Yucatán que servía de intérprete y se huyó en Tabasco	Olea, Hernando, criado de Cortés.	Ramos de Lares, Martín.
Montes de Alcántara, Juan.	Olea, Cristóbal, esforzado; salvó la vida de Cortés en Xochimilco, saliendo mal herido; al salvarle por segunda vez en las calzadas de México, perdió la demanda.	Ramos López, Juan.
Meneses, Pedro, paje de Cortés.	Oliver, Antonio.	Rangino; mataronle los indios.
Mérida, Antonio de.	Olivera, Diego.	Rapalo, Batista, vecino de Colima.
Mesa, artillero; murió ahogado en un río.	Óña, Pedro de.	Redondela, Francisco de la.
	Orduña, Pedro de.	Reguera, Alonso de la.
	Orteguilla, anciano y padre de	Reina; pobló en Colima.
	Orteguilla, «paje que fué del gran Montezuma»; le mataron los indios.	Remo, Juan, escopetero.
	Ortega, Juan, paje de Cortés.	Retamoles, Pablo; murió á manos de los indios en Tabasco.
	Ortiz, tocador de vihuela y enseñaba á danzar.	Reyes, Diego.
	Osorio, de Castilla la Vieja, buen soldado; murió en la Vera-Cruz	Ribadeo, á quien decían por sobrenombre Beberreo, por ser borracho; le mataron los indios.

Rivas, Gregorio de.	Serna, Alonso de la; tenía una cuchillada en la cara.
Rivera, Juan Martín de.	Serrano de Cardona, Antonio, regidor de México.
Rodríguez Magarino, Francisco, capitán de uno de los bergantines.	Serrano, Pedro, ballestero; le mataron los indios.
Rodríguez, Gonzalo, portugués, vecino de Puebla.	Sindos de Portillo, natural de Portillo; tuvo buenos indios en encomienda y en seguida se metió á religioso; en Durango dejó buena memoria bajo el nombre de fray Cintos. Se le dice Candos ó Cindos.
Rodríguez, Alonso, minero en Cuba; le mataron en los Peñoles.	Solis, Diego, paje de Antonio de Quifiones; vivió en Guadalajara.
Rodríguez, Alonso, casado.	Solis Barraza, Pedro, señor de Oculma.
Rodríguez, Alonso, arquero de Cortés.	Sopuerta, Diego Sánchez de.
Rodríguez Bejarano, Juan.	Sotelo, Antonio, capitán de uno de los bergantines.
Rodríguez Hernando, de Palos.	Soto, Pedro de.
Rodríguez Donaire, Juan.	Suárez, Diego.
Rojas, Antonio.	Suárez, Lorenzo, portugués, por sobrenombre el Viejo; mató á su mujer y murió fraile.
Rojas, Andrés.	Suegra, Juan de.
Román, Rodrigo.	Taborda, Diego de.
Romanó, Pedro.	Talavera, Alonso de; murió en poder de los indios.
Romero, Bartolomé.	Tapia, Andrés de, capitán de cuenta.
Rosas, Andrés, buen jinete del campo de Alvarado.	Tapia, Pedro; murió tullido
Ruano, Juan, soldado valiente; murió en la Noche Triste.	Tarifa, Hernando.
Ruiz, Alonso, de Badejoz.	Tarifa, Francisco. Tres Tarifas vinieron con Cortés, según Bernal Díaz; uno conste adelante y estos dos: de ellos uno fué vecino de Oajaca; al otro llamanab <i>el de los Servicios</i> , y al último <i>el de las Manos blancas</i> , porque no fué para la guerra.
Ruiz, Marcos, de Sevilla.	Tavira, Bartolomé.
Ruiz de Monjaraz, Pedro.	Téllez, Francisco, el Tuerto, padre de la Pachuca.
Ruiz Requena, Pedro; vivió en Zacatula.	Terrazas, Francisco, mayordomo y capitán de la guardia de Cortés.
Ruiz, Cristóbal, ballestero.	Tirado, Juan, marido de Andrea Ramírez.
Saavedra, Pedro.	Tirado, Juan; á su costa hizo edificar la ermita de los mártires entre San Hipólito y San Diego.
Saavedra Cerón, Andrés, primo de Cortés.	Tirado, de la Puebla.
Sagredo.	Tobar, Martín.
Saldaña; murió en Tabasco sin llegar á Méjico.	Torre, Alonso de la.
Salazar, Juan, paje de Cortés; murió en la Noche Triste.	Torre, Juan..
Salcedo, Francisco, el Pulido.	Torres, Diego, de la probanza de Garnica.
Salinas, García	Torres de Córdoba, Juan, viejo y cojo; se quedó en Zempoala cuidando la imagen que allí pusieron los españoles.
Salvatierra, Francisco.	Torres, Juan, soldado viejo de Italia.
Salvatierra, Pedro.	Torres, Juan, de Almodóvar.
Sánchez, Benito, ballestero.	Torrecicas, criado de Cortés; le mataron en la Noche Triste y perdió una yegua cargada de oro.
Sánchez, Esteban.	Tostado, Miguel.
Sánchez García, de Fregenal.	Tostado, hermano del anterior.
Sánchez, Gaspar.	Toro, Juan de.
Sánchez Colmenares, Gil.	Trejo, Rafael de.
Sánchez, Gonzalo.	Trejo, Alonso Martín de, vecino de Colima.
Sánchez, Juan, de Huelva.	Tuvilla, Andrés, cojo; murió en la Noche Triste.
Sánchez, Luis; pobló en Tetzcoco.	Umbría, Gonzalo, piloto y buen soldado; Cortés le mandó cortar los dedos de los pies en 1519, porque se quería volver á Cuba.
Sánchez Farfán, Pedro, capitán.	Utrera, Pedro de
Sandoval, Gonzalo de, valiente capitán y amigo de Cortés.	Urbeta, Pedro de.
Santa Clara, vecino de la Habana; murió á manos de los indios.	
Santiesteban, Pedro, ballestero.	
San Juan, el Entonado, por ser muy presuntuoso; murió en poder de indios.	
San Juan, de Vichilla, gallego	
Santa Cruz, Burgales.	
San Pedro, Diego.	
Santa Cruz, Diego; gobernó el estado de Cortés en ausencia de éste.	
San Lúcar, Gaspar de.	
Santiago, Gregorio de, criado de Rangel.	
San Sebastián, Juan de.	
Saucedo, Francisco, «natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galán»; murió en la Noche Triste.	
Sedefio, Juan.	
Sedefio, Juan; eran tres en el ejército.	
Segura, Rodrigo; vivió en Puebla, donde murió de 120 años.	
	Usagre, Bartolomé, artillero.
	Veldovinos, Cristóbal.
	Vallejo, Pero de.
	Vallecillo, capitán.
	Valenciano, Pedro; de cuero de tambor hizo naipes para el juego de los soldados, durante la primera entrada en México.
	Vandada.
	Vandada, hermanos y ya viejos; murieron en poder de los indios.
	Varela, buen soldado.
	Varela Valladolid, Juan.
	Vargas, Hernando, paje de don Luis de Velasco el primero.
	Varillas, fray Juan de, religioso mercedario.
	Vázquez, Alonso.
	Vázquez, Martín.
	Vázquez, Martín, repostero del tesorero Estrada.
	Veintemilla, Mateo de, vecino de Colima.
	Velasco, Melchor.
	Velázquez de Leon, Juan, capitán; murió en la Noche Triste.
	Velázquez, Alonso Martín, albañil.
	Vello, Juan, botiller de Cortés.
	Vélez, Juan
	Vendabal, Francisco Martín de; vivo le llevaron los indios á sacrificar.
	Vera, Miguel.
	Vera, Basco.
	Veraza, Miguel.
	Verdugo, Francisco, capitán de uno de los bergantines.
	Villalobos, Gregorio.
	Villacorta, Melchor.
	Villadiego.
	Villarreal, Antonio de, marido de Isabel de Ojeda; se mudó el nombre en Antonio Serrano de Cardona; fué regidor de Méjico.
	Villandrando.
	Villanueva, Bernardino.
	Villanueva, Alonso Hernando; le mancó de una lanzada Alonso de Avila.
	Villafuerte, casado con una parienta de la primera esposa de Cortés.
	Villasinda, Rodrigo; se metió á religioso franciscano.
	Xiuja, Pedro.
	Yáñez, Alonso, albañil.
	Yáñez, Alonso, carpintero.
	Zafra, Cristóbal Martín de.
	Zamora, Alonso.
	Zamorano, Nicolás, señor de Ocuila.
	Zavallos, Francisco.
	Zaragoza, anciano
	Zuazo, Alonso de.
	MUJERES
	Doña Mariana, intérprete, llamada la Malintzin ó Malinche.
	Hernández, Beatriz.
	Vera, María de.
	Hernández, Elvira.
	Hernández, Beatriz, hija de la anterior.
	Rodrigo, Isabel.
	Márquez, Catarina.
	Ordáz, Beatriz.
	Ordáz, Francisca.